

CRISTIANDAD

Año XLVIII
MARZO-ABRIL 1991
NUMS. 718-719

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA



SUMARIO

**In Memoriam de Luis Creus Vidal,
celador del Apostolado de la Oración**

J.J.E.-S.

**De las rosas de la Cristiandad
poética y caballeresca, a la rosa
deshojada**

"Fille Mysterieuse"

**Pius IX: Non Possumus — Del
"Hosanna" al "Crucifige"**

Bandera de contradicción

**La bella prehistoria de "Schola
Cordis Iesu" y "Cristiandad"**

**"Esperábamos la paz, y este bien
no vino"**

**El descubrimiento de que Dios
tiene corazón**

Manuel Irurita Almandoz

La gran "Butterfly"

1917, en la Teología de la Historia

La idea fuerza de Cristo Rey

**El pueblo judío desde su disper-
sión**

Canigó

**Proyección de la figura de León
XIII**

Diálogos de María y José

P.J.A. Morán

In Memoriam de Luis Creus Vidal, celador del Apostolado de la Oración

El 17 de Diciembre pasado descansó en la Paz del Señor Luis Creus Vidal, celador del Apostolado de la Oración, Presidente honorario de Schola Cordis Jesu, fundador y redactor de la revista "Cristiandad". En estas palabras con las que convocábamos a sus amigos a la misa en sufragio de su alma en la capilla de San Ignacio de la Residencia del Sagrado Corazón de los Padres Jesuitas, están resumidas su vida y su obra apostólica.

Luis Creus fue celador del Apostolado de la Oración. Cuando el Padre Orlandis le preguntaban qué pretendía con tan extraordinaria biblioteca, y tan profundas conferencias sobre Teología de la Historia, respondía: formar celadores del Apostolado de la Oración. El celo del Reinado del Corazón de Jesús, —que no otra cosa es el Apostolado—, le prendió de labios del Padre Orlandis y ya no le dejó; transmitiéndolo en sus escritos y en sus charlas. Un joven profesor universitario de Schola Cordis Jesu de Madrid me recordaba que fue Luis Creus ya en su ancianidad quien le entusiasmó con la idea fuerza de Cristo Rey, y dio sentido a su vocación de "jóvenes por el Reino de Cristo".

El misionero del Sagrado Corazón que le llevaba cada día la Comunión durante su enfermedad final nos contaba emocionado en su funeral, cómo en estos largos meses en que iba decayendo lentamente, tras la acción de gracias, le hablaba siempre, incansable y entusiasta, sólo de Schola, de Cristiandad, del Apostolado del Padre Orlandis y del Reino de Cristo que viene. Fue celador hasta el fin.

Presidió "Schola Cordis Jesu" institucionalmente durante años, pero su presidencia efectiva era de edad. Era "el antiguo de los antiguos de Schola" a quien acudíamos los entonces jóvenes para que nos contara cómo comenzó... Sus extraordinarias dotes de comunicador se muestran en las crónicas. Mas que en la historia, donde se solazaba su pluma era en narrar la "prehistoria" de Schola y Cristiandad, años de persecución primero, y de liberación después, cuando el Padre Orlandis comprendió que había llegado el momento de que "Schola" se convirtiera en "Schola Cordis Jesu".

Como fundador, fue redactor de "Cristiandad" desde su número 0, en 1944; y si como explicó otro fundador, "Fraxinus Excelsior", la revista fue fruto de la tertulia de los discípulos con el maestro, los escritos de Luis Creus rezuman las ideas y los temas tratados en Schola con el Padre Orlandis:

La idea-fuerza de Cristo Rey, salvador de una humanidad desquiciada y

ADMINISTRACION

Durán i Bas, 9. 2º

08002 BARCELONA

Teléfono 317 47 33

Director: Fernando Serrano

Imprime: Gráficas Fomento

Peligro 8, Barcelona

Depósito Legal: B-15860-58

desahuciada con remedios naturales. 1917, Fátima, fecha clave de la primera gran guerra mundial, en la que desaparecen tres imperios y nace el comunismo como poder político, castigo del Occidente apóstata. La pérdida del poder temporal de la Iglesia, sobrenaturalizando incluso a los soberanos pontífices. El próximo Oriente con su milenaria lucha entre los hijos de Sara y de Agar, con la promesa de la conversión de Israel como fondo, y con ella el advenimiento de los prometidos bienes mesiánicos, son temas que Luis Creus gusta tratar, y a la luz de la teología de la Historia, explicar cómo conducen providencialmente al triunfo de la Iglesia en el Reinado del Corazón de Jesús, y con él, y sólo con él a la ansiada Paz.

Su primer trabajo en el número inaugural lo dirige a Santa Teresita del Niño Jesús, y con una cita suya concluye el que sería su último artículo en la revista. Fue también en esto, fiel discípulo del Padre Orlandis.

En estos largos 40 años mantuvo constantemente su colaboración con más de 200 artículos firmados, en especial en los años difíciles de la revista, durante los que elaboró sus magníficas series sobre "El pueblo judío desde su dispersión, 23 artículos (años 1964 a 1967), "1917 en la Teología de la

Historia" 63 artículos, (años 1967 a 1977) y en los últimos, una serie de apuntes biográficos sobre "figuras de santa memoria en Cataluña" de los que por su personal relación, reproducimos el del Obispo Mártir Manuel Irurita.

De su extensa obra, ante la imposibilidad de reproducir tantos escritos que hemos gozado al releer, y que, a través del índice invitamos a hacerlo también a nuestros lectores, hemos transcrito una pequeña antología fragmentaria.

Al comienzo de cada serie de artículos unas pequeñas notas sirven de glosa e introducción.

Si el Padre Orlandis prometió a todos sus discípulos esperarles en la puerta del cielo a su llegada, podemos confiadamente suponer que al introducirle le diría: "Luis, has sido un buen celador del Apostolado de la Oración", y juntos habrían ido con Santa Teresita, San Ignacio, Santo Tomás, San José y María Auxiliadora a interceder ante el Corazón de Jesús por la aceleración de la venida de su Reino. Los discípulos que no conocimos al Padre Orlandis confiamos que como a Luis Creus no se olvide de venir a esperarnos también a la puerta de la "Schola Cordis Jesu" Celestial.

J.J.E-S.

- *"Formar celadores del Apostolado de la Oración"*
- *"El buen Dios no necesita de nadie"*
- *"Dios conduce todo hacia el triunfo de la Iglesia"*
- *"Esperábamos la luz, y he aquí las tinieblas"*
- *"Esperábamos la paz, y este bien no vino"*
- *"Humanamente hablando no sentimos ninguna esperanza, pero si contemplamos el Templo Reparador del Sagrado Corazón del Tíbidabo, lo esperamos todo..."*
- *"El día que la humanidad descubra que Dios tiene corazón, estará salvada"*
- *"Manuel Irurita, el Obispo Mártir de la divisa "Es necesario que Él reine"*
- *"Es inútil reivindicar la paz, que no llegará nunca, sino como fruto del Reino de Cristo"*
- *"Amamos a Cristo infinitamente más que a la Paz"*
- *"Estamos viviendo el momento álgido de la secular lucha en que Ismael, hijo de la esclava, quiere vengarse de Israel, hijo de la libre"*
- *"El verdadero patriotismo inspirado en el sentimiento cristiano alumbra el camino del progreso a la sombra benéfica del Corazón de Cristo"*

RELACION DE ARTICULOS DE LUIS CREUS VIDAL PUBLICADOS EN "CRISTIANDAD"

- 1944
 "La Cristiandad poética y caballeresca. Las Rosas", p. 6
 Costa y Llobera, poeta católico", p. 65
 "Del 'Hosanna' al 'Crucifige'. Episodios del Pontificado de Pío IX", p. 76
 Carta abierta (Rectificación acerca del Landgrave Luis de Turingia), p. 92
 "Prehistoria de CRISTIANDAD", p. 99
 "Sombras de satanismo", p. 233
 "Proyección de la figura de León XIII sobre la clase obrera", p. 249
 "Los Tratados de Letrán", p. 353
 "La primera 'volta face'. Historial italiano de la gestación de la Triple Alianza y su disolución en tiempos del Pontificado de Benedicto XV", p. 369
- 1945
 "Más 'Prehistoria' de CRISTIANDAD", p. 53
 "De Kossuth a Bela-Kun", p. 87
 "Pauperismo en el siglo XIX", p. 139
 "CRISTIANDAD cumple el primer año", p. 147
 "La Oda 'A l'Esprit Saint'. Lamartine y el sentido de la Historia en De Maistre", p. 231
 "La gran 'Butterfly'", p. 263
 "Canigó. El triunfo de la Cruz sobre el paganismo", p. 362
 "François-René de Chateaubriand y su tiempo", por..., p. 525
- 1946
 "El carbonarismo, sociedad secreta. Su huella hasta hoy", p. 43
 "Actualidad renovada del viejo liberalismo ochocentista", p. 66
 "El Himno de Riego", p. 90
 "Una noche en Spoleto", p. 198
 "¡Viva Pío IX!", p. 257
 "Isten. Alld meg a Magyart!!", p. 273
 "Vosotros que me acompañasteis durante los días de prueba...", p. 399
- 1947
 "¿Palomas y ramos de olivo?", p. 8
 "Obispo de santa memoria", p. 56
 "¿Geopolítica? ¡Predestinación!", p. 74
 "Del cetro real al cetro de la industria", p. 115
 "Bandera de contradicción", p. 138
 "Sans peur et sans reproche", p. 174
 "El divino Parsifal", p. 202
 "Dos hombres, dos catástrofes", p. 278
 "Del Hongo al falansperro", p. 329
 "Norte contra Sur", p. 384
 "Fille mysterieuse", p. 499
 "Dos Guadalupes", p. 538
- 1948
 "M. L. K.", p. 52
 "Dos luces, dos épocas", p. 78
 "Ven, duerme entre nosotros, reposa humana virgen...", p. 209
 "Balmes y 1848. El crac del principio de autoridad", p. 294
 "Esperábamos la Paz y este bien no vino...", p. 407
 "En la hora de la verdad", p. 420
 "Regina pacis, ora pro nobis", p. 523
- 1949
 "¿Quién tiene los naipes?", p. 53
 "Manresa, Warburg, Parsifal, y Zarathustra", p. 80
 "Orientaciones bibliográficas. 'History of de Church'", de Philip Hughes, p. 166
 "Enrique Ramière". Hagiografía, p. 270
- 1950
 "Ante la puerta Santa", p. 2
 "Ante la Europa amenazada", p. 158
- 1951
 "El Rosario del Papa", p. 9
 "Tibi-Dabo", p. 160
- 1952
 "Obispo de Ginebra", p. 49
 "Las pruebas de la existencia de Dios a la luz de la física moderna", p. 84
 "¿Alzate y brilla porque llega tu luz!", p. 238
 "¿Adora lo que has quemado! ¿Quema lo que has adorado!", p. 298
 "D'Or verge es feta la real Carroça", p. 319
- 1953
 "Y vimos la luz del Señor...", p. 222
 "Donoso Cortés en sus 'Cartas acerca de Prusia'", p. 381
- 1954
 "'Prehistoria' e 'Historia' de CRISTIANDAD. Tres décadas, cuatro fechas", p. 113
 "El Rosario por la Iglesia del Silencio", p. 157
 "El Beato Valentín de Berrio-Ochoa", p. 346
 "A propósito de 'El cuarto de estar'", p. 363
- 1956
 "A la santa memoria del Rvdo. P. Manual M. Vergés", p. 305
- 1958-59
 "Juventus", origen de "Schola Cordis Iesu", p. 25
 "Juan XXIII", p. 86
 "A los cincuenta años de la Semana Trágica", p. 313
 "Mis recuerdos de dos viejos amigos de CRISTIANDAD", p. 486
- 1962-63
 "Un peligro mundial, la superindustrialización", p. 69
- 1964
 "El retorno del Pescador", p. 20
 "Veinte años, cuarenta años: El P. Orlandis", p. 83
 "El pueblo judío desde su dispersión", p. 119
 "Veinticinco años, cincuenta años: Pío X, Pío XI, Pío XII", p. 169
- 1966
 El pueblo judío desde su dispersión:

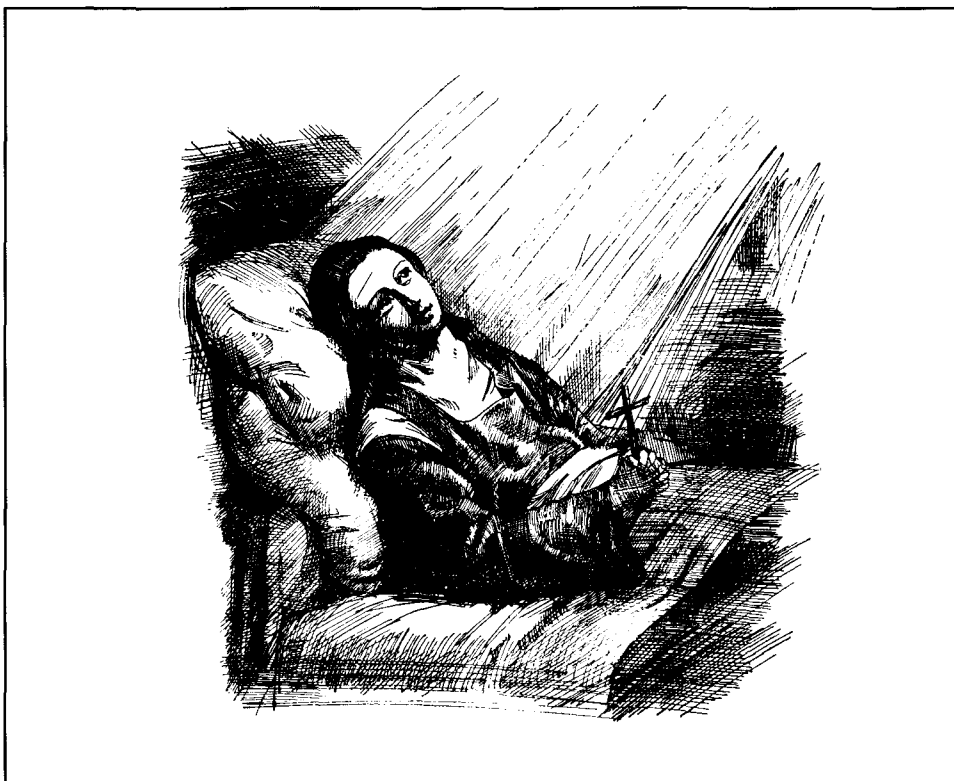
- 1967
 "En el cincuentenario de Prat de la Riba", p. 168
 "La mitad del camino: contra angustia, esperanza", p. 247
- 1968
 "Diez años sin el padre Orlandis", p. 25
 "Doble corona", p. 76
- 1969
 "Veinte años, cuarenta años", p. 112
- 1970
 "Nuestra Señora de Bon-Ayre-Aragó ¡Aragó! Firam! Firam", p. 118
 "Es necesario que el próximo Papa tenga la confianza de toda la Iglesia", p. 118
 "Dice el Espíritu Santo y dice bien", p. 264
 "Con muchísimo dolor...", 291
- 1971
 "Así se escribe la historia", p. 62
- 1972
 "¡¡Dios no muere!! Una rectificación necesaria", García Moreno, p. 69
 Ante los 500 números de CRISTIANDAD, p. 307
- 1974
 "¿Es que existe Europa?", pág. 82
 "¿Referéndum?... ¡Apostasía!", p. 174
 "Navidad: Fiesta de Luz y de Alegría", p. 319
- 1975
 "Animoso desagravio contra 'Jesucristo superstar'", p. 32
 "Un peligro mundial: La superindustrialización", p. 203
- 1976
 "¿Paraninfo o Mercat de Calaf?", p. 192
 "Sin comentarios", p. 264
 "¡El descubrimiento de que Dios tiene Corazón!", p. 265
- 1977
 "La tesis doctoral de José M^o Planas: 'Contribución a la geométrica pseudo condorme de N. dimensiones'", p. 102
 "De La Llegenda Auria: La Anunciación de la Virgen María", p. 110
- "A los veinticinco años del Congreso Eucarístico: La contraofensiva de Satanás", p. 143
 "¡Alzate y brilla, porque llega tu luz!", p. 146
 "La Creu del Matagalls del Montseny", p. 206
 "De la 'Llegenda Auria'. La Asunción de la Virgen María", p. 218
- 1979
 "Figuras de Santa memoria en Cataluña. El P. Francisco Paula y Quer. O.C.D.", pág. 225
 "Nuestra nuevo Beato Francisco Coll", p. 279
- 1980
 "El Cardenal Vives y Tutó", pág. 36 (1) y pág. 133 (11)
 "La bella prehistoria de SCHOLA CORDIS IESU y CRISTIANDAD", pág. 64.
 "El Beato Enrique de Ossó", pág. 197
 "José Caixal Estradé, Obispo", 237
- 1981
 "Obispo de Santa memoria...", pág. 9
 "Manuel de Irurita Almandoz", pág. 66
 "Con más veneración que en otras partes", p. 99
 "Miguel Costa y Llobera", pág. 108
 "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida", pág. 111
- 1982
 "En la escuela de Ramón Orlandis y Despuig, S.L. Su espiritualidad", p. 24
- 1983
 "Hemos tenido grandes siervos de Dios: Figuras de Santa Memoria en la escuela de Ramón Orlandis y Despuig, II"
 "Manuel Domingo Sol", p. 66
 "Félix Sardá Salvarany", p.
 "Semilla y Fruto", p. 91
- 1985
 "¿Dónde se hallará alguno tal que quiera servir a Dios de balde?", pág. 225
- 1986
 "Amete a Ti y aborrezcame a mí", pág. 173
- 1987
 "P. Manuel Vergés. In memoriam (Fragmento)", p. 43

CRISTIANDAD

Edita: Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Suscripción ordinaria	1.800 pts.
Suscripción de bienhechor	5.000 pts.
Extranjero	20\$
Número suelto	500 pts.

DE LAS ROSAS DE LA CRISTIANDAD POETICA Y CABALLERESCA A LA ROSA DESHOJADA



En el número inaugural de la revista, 1º de abril de 1944, y bajo el título de "LAS ROSAS, la Cristiandad poética y caballeresca", aparecía el primer artículo de Luis Creus en "Cristiandad". Está dedicado a la fiesta de San Jorge, prototipo de caballero cristiano, protector de la inocencia y vencedor del dragón; fiesta que en Cataluña se simboliza en la rosa. Reproducimos algunos fragmentos en los que se advierte cómo la idea central no es una simple flor, sino la rosa deshojada de Santa Teresita. A ella le dirige su primer artículo, y luego, en extenso, el titulado "Fille Misterieuse" en noviembre de 1947. Fiel al Padre Orlandis, es Luis Creus en el mensaje de la Santa de Lissieux, y si a ella le dedicó su primer artículo, también con una cita suya acabó el último de los que publicó, antes de su enfermedad, julio de 1986, y que terminaba así: "¡Mi vocación es el amor! Mi plaza está, por tanto, dentro del mismo corazón de la Iglesia!". En este corazón caben, simultáneamente, todas las vocaciones.

"¡Oh mi Jesús! exclama. "¡Yo os amo. Yo amo la Iglesia, mi Madre!", y proclama esta dirección tan admirable que nos señala San Juan de la Cruz: "El más pequeño movimiento de puro amor, le es (a Jesús) más útil que todas las demás obras reunidas, juntas"".

La rosa, la más bella de las flores, sirvió de símbolo y perfume a toda una concepción de la vida, a toda una civilización, mejor dicho, a toda una sociedad que nació a la sombra de la Cruz, orgánica, con sus sacerdotes, sus sabios, sus príncipes, sus artistas, sus guerreros, sus doncellas; a una

sociedad que, en nuestros tiempos de materialismo, sólo nos parece posible en la leyenda, en la mística o en el arte.

Dentro del Cristianismo litúrgico, vemos, en muchos puntos, llamar a la Pentecostés la "Pascha rosata", o Pascua de rosas (en España, menos rica en flores que otros países de

Europa y más avanzada en la estación, se la llama Pascua granada). De aquí deriva la antigua y hermosa costumbre pontificia de dedicar a la princesa más piadosa, la “rosa de oro”.

Y el espacio nos priva de extendernos en la primera entre las devociones marianas: el Santo Rosario, cadena de quince grandes rosas, que son las divinas fitas de las escenas de nuestra Redención. Simbolismo que converge con aquella inefable visión del Dante, cuando éste admira, en el Paraíso, a la santa Milicia que Cristo, con su sangre, convirtiera en su Esposa, en forma de rosa de deslumbrante blancura (**Paradiso, XXXI**).

*“In forma dunque di candida rosa
Mi si mostrava la milizia santa
Che nel suo sangue Cristo fece sposa”.*

La más bella entre las flores, por tanto, recibe el honor supremo de representar, no ya las virtudes humanas más preclaras, sino la misma Iglesia triunfante; en cierto modo, el Cielo es una Rosa.

Queda otra modalidad simbólica de la rosa, que la Cristiandad medieval, en cierta manera ingenua y humanamente feliz, no pudo ponderar: la de la rosa deshojada.

Es una modalidad misteriosa, ésta de unos pétalos de

rosa marchitos y desparramados en aras de un amor que, sin ceder en grandeza al que mueve el Sol y las demás estrellas — **“Amor, che muove! Sole e l’altre stelle”**... —, es amor de sacrificio y de humildad, de impotencia humana dentro del mundo material de nuestros tremendos tiempos. Pero de mayor audacia divina cuanto más humilde e impotente.

Y es un amor auténtico.

*...La rose, en s’effeuillant, sans recherche se donne
Pour n’être plus.
Comme elle, avec bonheur, à toi je m’abandonne,
Petit Jésus!*

*L’on marche sans regret sur des feuilles de rose,
Et ces débris
Sont un simple ornement que sans art on dispose:
Je l’ai compris... (1)*

Teresa del Niño Jesús lo comprendió.

Y esta comprensión, contagiada al pueblo fiel, pudiera hacer florecer de nuevo, sobre tantos sufrimientos y tantas ruinas presentes, otra Cristiandad.

Barcelona, marzo de 1944.

Luis Creus Vidal

“FILLE MYSTERIEUSE”

“Entre votre épouse, o Jésus!, être carmelite, être, par mon union avec vous, la mère des âmes, tout cela devrait me suffire. Cependant, je sens en moi d’autres vocations: je me sens la vocation de guerrier, de prêtre, d’apôtre, de docteur, de martyr... Je voudrais accomplir toutes les oeuvres les plus héroïques, je me sens le courage d’un croisé, je voudrais mourir sur un champ de bataille pour la défense de l’Eglise!”.

“LA REPONSE ETAIT CLAIRE...”

¿Cómo armonizar, en efecto, esta lucha interna de todas las vocaciones? “Avec quel amour, o Jésus, je vous porterais dans mes mains lorsque ma voix ferait descendre du ciel! Avec quel amour je vous donnerais aux âmes!”. Es la llamada sacerdotal. Más he aquí que, al propio tiempo, la Santa, humilde por excelencia, gusta de aquella otra humildad, la de un San Francisco de Asís, rehusando, por sentirse indigno, el sacerdocio... Quisiera luego ser profetisa, y doctora, y misionera; esto último de una manera especialísima. Cuyo ideal converge con este otro, acariciado por encima de todas las cosas, el martirio... Quisiera compartir la suerte de aquellos Santos que lo sufrieron, gustar de cada uno de sus suplicios..., en especial se siente atraída hacia aquellos que estarán reservados, como patrimonio, a los futuros contemporáneos

(1) La rosa deshojándose se da sin condiciones — Para dejar de ser — Como ella con placer, a Ti yo me abandono — Pequeño Jesús. — Se anda sin cuidado sobre hojas de rosa — Y estos deshechos — Son un simple ornamento que se dispone sin arte — Ya lo he comprendido...

del Anticristo, cuya ira, cuya persecución parece envidiar, ya que quisiera sufrir en su persona el gran embate y la furia del que ha de ser el mayor de los enemigos de Cristo...

Gran paulina, esperaba hallar en las epístolas la luz para sus problemas. Mas la que recibió primero, si bien pudo orientarla, no pudo, en cambio, satisfacerla. ¿Osaríamos decir que casi la hirió? “J’y lus que tous ne peuvent être à la fois apôtres, prophètes, et docteurs, que l’Eglise est composée de différents membres, et que l’oeuil ne saurait être en même temps la main...”. La enseñanza apostólica era formal, y por ello mismo podía dejar legítimamente satisfecha a alma de menor entidad y arrestos.

Ella lo reconoce así. “La réponse était claire...”. Pero añade: “Mais elle ne comblait pas mes vœux”. Y con santa audacia se enfrenta con el mismo San Pablo, apenas resignada ante su autoridad, amparada siempre en su suprema excusa, su título infantil...

“Considérant le corps mystique de la sainte Eglise... la Charité me donna le clef de **ma vocation**. Je compris que, si l’Eglise avait un corps composé de différents membres, le plus nécessaire, le plus noble de tous les organes ne lui manquerait pas; je compris qu’elle avait un **coeur**, et que ce coeur était brûlant d’amour; je compris que l’amour seul faisait agir ses membres, que si l’amour venait à s’éteindre, les apôtres n’annonceraient plus l’Evangile, les martyrs refuseraient de verser leur sang. Je compris que l’amour renfermait toutes les vocations, parce qu’il est éternel!”.

“Alors, dans l’excès de ma joie délirante, je me suis écriée: “O Jésus, mon amour!, ma vocation, enfin, je l’ai trouvée!, **ma vocation, c’est l’amour!**... dans le coeur de

l'Eglise, ma Mère, je serai l'amour!"

¿Cómo lo hará ella, cómo patentizará su amor, si incluso la gracia del martirio físico y visible le era negada? Mas la solución la encuentra, y nos la da ella misma: "...Le petit enfant jetera des fleurs!". Echará flores, flores místicas, no siempre como las que ve el mundo, brillantes y perfumadas como las que también quisieran las almas superficiales... "O mon Jésus!, je vous aime!, j'aime l'Eglise, ma Mère, je me souviens que **le plus petit mouvement de pur amour vous ets plus utile que les autres oeuvres reunies ensemble!**". Ella ha encontrado su plaza: la plaza universal. Ella lo será, ya, desde este momento, porque se halla en su centro vital, en el corazón.

"J'AI BESOIN D'UN COEUR BRÛLANT DE TENDRESSE..."

En esta misma revista, en su número 54, en el artículo "El arco iris de Pax Romana", se ve cómo puede y debe producirse la fusión de los dos sentimientos en que nuestra publicación desea, por así decirlo, impregnarse, la solución de la que allí se señala como "aporía" planteada: el de Jesús, Esposo suavísimo de nuestras almas, y el de Cristo Rey, Soberano señor nuestro, fusión ciertamente más difícil en otros tiempos que en los de hoy, de contenido y riqueza sociales extraordinarios, porque nunca como hoy había sido el hombre tan social, ni jamás como ahora habían apasionado e invadido tan a fondo los problemas comunes lo más íntimo de las conciencias. Hoy, de algún modo, podemos decir que nuestro castillo interior, por parapetado y replegado en sí mismo que se halle, no puede excusar el tener algo de social... En dicho artículo se pondera cómo, durante un largo siglo y medio, después de la muerte de la confidente del Corazón de Cristo, Santa Margarita María, sus devotos no parecían atinar a comprender las divinas palabras: "Reinaré a pesar de mis enemigos...". Pero allí mismo se dice: "Llegó el tiempo señalado por la divina Providencia", y entonces los amantes del Señor comprendieron que "las divinas palabras eran una respuesta anticipada al grito de la impiedad revolucionaria: "No queremos que Este reine sobre nosotros", concluyendo que el adalid de la "conexión salvadora" —la de la devoción al Corazón de Jesús y a su Realeza— fue el que con modestísimos, pero sinceros títulos, llama nuestra revista "nuestro" Padre Ramière...

¡Oh, Teresita! ¿Y no es a través de todos tus escritos y toda tu vida —tu propia alma—, que culminan en este "leit motiv" final de la sublime sinfonía, el "leit motiv" de la **fascinación** antes citado, que, sintiendo aquella necesidad de "un coeur brûlant de tendresse", nos llevan a la adoración, suprema, del mayor Corazón que haya sentido la piedad? De aquel Corazón inmenso, que como Jesús, esposo de nuestras almas, se apiadaba de Magdalena, la que "mucho había amado". Que, como Rey pródigo y paternal, se "apiada de la Turba", y, para "que no desfallezca en el camino", la alimenta con sus panes y con sus peces. ¡Oh, Teresita! Tú has sabido bien resolver la "aporía" que ya no era conflicto en las

páginas evangélicas. Y lo has hecho **fascinada**, como fascinados lo habían sido ya la Santa de Alacoque y el Padre Enrique Ramière.

Mas si la primera fue el ilustre heraldo de la gran revelación, y el segundo el adalid brillante, debelador del liberalismo y de todas las cobardías, quizá por ello mismo sus figuras, ascéticas o heroicas, podían, a su modo, acobardar a las almas débiles y enfermizas de hoy, sumidas en la tibieza del ambiente apóstata que, si no las ha contaminado, las ha afligido, por lo menos, con el espiritual "surménage" que acarrea... ¿Tú, oh Santa Teresa del Niño Jesús, has abierto un nuevo y más fácil camino para seguir a aquellas grandes almas y para comprender mejor sus enseñanzas... y la razón está en el gran secreto que has hallado en el Corazón de Cristo, en aquello que más te ha cautivado: "Aimant tout en moi, même ma faiblesse — ne me quittant pas la nuit et le jour!"

"JE SENS QUE MA MISSION VA COMMENCER..."

Y ella, nuestra Santa, la había anunciado, esta misión, misión que precisamente comenzaría —paradoja que jamás podrá comprender el mundo— el día de su muerte, el 30 de septiembre de 1897...

Dos años más tarde, un Papa glorioso, León XIII, consagrará el mundo todo al Corazón de Cristo, vencido, en la tierra, por las instancias audibles de una alma santa; pero quizá vencido más eficazmente aún por la gestión invisible de la que se hallaba ya ante el acatamiento de Dios... Poco más de cinco lustros más tarde, otro Papa, a quien la divisa malaquía designaría con el nombre de Fides intrépida, y que había dejado, en los hielos del monte Rosa, otra divisa, la "Via Ratti", en una de las que conducen a su cima, proclamaría la Realeza terrenal de Aquel que fascinó a la Santa, la estrella de su Pontificado, la Santa que acababa de colocar en otra cima, la de los altares... Misión que comenzaría, paradójicamente, el día de su muerte, 30 de septiembre... ¿Otra vez esta audacia, inimaginable, divina travesura que realmente ha debido hacer sonreír a los Cielos al "llenarlos"! Porque, al parecer, si nos hemos de fijar en lo literal de sus palabras, de nuevo la pequeña y grande gentil Santa, infantil teóloga, otra vez se enfrenta, como antes, en su vocacional conflicto, con San Pablo, nada menos: "He combatido con valor, he concluido la carrera, he guardado la Fe, dice éste a Timoteo, en su II Epístola (capítulo IV, 6-8). Nada me resta sino aguardar la corona de justicia que me está reservada, y que me dará, el Señor en aquel día como justo Juez...". Y ante esto, nuestra Santa, ¿osa anunciar que, precisamente, empezará su vida activa, propiamente dicha, el ejercicio de su misión, desde lo alto, desde el Cielo? ¿Qué "divina" revolución es ésta? "Je sens que ma mission va commencer, ma mission de faire aimer le bon Dieu comme je l'aime... de donner ma petite voie aux âmes. Je veux passer mon ciel a faire du bien sur la terre. Ce n'est pas impossible, puisqu'au sein même de la vision béatifique, les anges veillent sur nous... Non, je ne pourrai prendre aucun repos jusqu'à la fin du monde!"

PIUS IX: NON POSSUMUS

Dedicó "Cristiandad" en sus primeros años una serie de magistrales números monográficos a los últimos grandes Papas. A Luis Creus le encomendaron su breve síntesis biográfica. No resulta tarea fácil el redactar en lenguaje casi telegráfico, más él lo hizo con superior acierto, como lo muestra el resumen del pontificado de Pío IX, no sólo el más largo, sino también el más aciago y contestado de la Historia. Por ello lo reproducimos, así como diversos fragmentos de dos de sus artículos sobre este pontificado, referidos a la situación en Italia en los años de la definición de la Inmaculada, y al escándalo que se produjo en España y Francia al aparecer el "Syllabus". En ellos destaca, no sólo el profundo conocimiento de los hechos históricos, sino, en especial, su perspectiva desde la eternidad, es decir en la línea de los planes de Dios, que acomoda los acontecimientos humanos al triunfo de Jesucristo en la Historia.

Cuando se habla comúnmente de los "últimos grandes Papas", expresión hoy muy común, no solamente entre el público fiel, sino también fuera de él, es costumbre referirse a la gloriosa lista compuesta de los seis grandes nombres que encabeza la figura de Pío X.

Y no es, ciertamente porque ni la virtud ni el saber dejen de aureolar las eximias figuras de los antecesores de éste, singularmente de Pío VI, Pío VII y Gregorio XVI. Pero no hay duda de que existe en el Pontificado de Pío IX algo especial, muy difícil de resumir.

Du Plessis lo define en una frase feliz. Lo llama "la renovación de la Ciudad Santa".

No renovación de la Iglesia, siempre joven y fecunda porque es divina, sino renovación de su elemento humano: desde su Jerarquía hasta el pueblo fiel, que con certero instinto tributa este homenaje al Pastor que la presidió.

Se llamaba Juan María Mastai-Ferretti, había nacido, de noble cuna, en Sinigaglia, y era hijo de padres ejemplares y cristianísimos.

Pese a la dificultad en las comunicaciones de entonces — inicio de la época del vapor—, también la mano del Señor ordenó que, en ejercicio de alto apostolado, conociese la inmensidad del Mundo, y llegase, a trueque incluso de aventuras, hasta lo más extremo de la América del Sur, ya que ello era necesario en un Pontífice que había de hacer más universal que nunca la Silla de Pedro, y que desde ella había de bendecir el inicio de tantas obras misionales.

Preconizado Obispo de Imola, edificó a todos con su ciencia y su piedad. Y era notable que, a semejanza del Buen Pastor, comía con los pecadores y jamás quebró la mecha que aún humeaba.

Elegido el 16 de junio de 1846, la impiedad intentó sacar partido, del modo más artero, de aquella semejanza. Era el momento en que los Tronos de Europa bamboleaban: incubaba la gran Revolución del 48, menos sangrienta que otras, más trascendental que todas. Y empezando con la hipocresía y el abuso para acabar con la traición y la calumnia, le arrebató, por vez primera, el Reino temporal.

Reintegrado a su Solio el que había dejado por un tiempo de ser Rey, pero jamás de ser Vicario de Cristo, preparó el fasto principal de su Pontificado: la Proclamación del Dogma de la Inmaculada Concepción, en 8 de diciembre de 1854, golpe el más fuerte que se asestó jamás al Infierno, a sus huestes y al orgullo del siglo. "Ipsa conteret caput tuum".

Nuevamente las fuerzas del Abismo, ya rehechas y coaguladas con todas las ambiciones y todas las cobardías de la época, jalonan la primera etapa de la unidad italiana y reducen la extensión de los Estados Pontificios al "Patrimonio de Pedro": Roma y su región. Es el 1860 de Garibaldi y de Víctor Manuel.

1863 y 1866, Aspromonte y Mentana. Nuevos atentados, de momento frustrados, contra una Realeza temporal tan débil. Los lobos se ceban en la Oveja. Porque, cumplido el deber que impone la dignidad, o sea el defender sus Estados con honor, Pío, Padre de todos, cede pronto cuando de derramar sangre se trata, siquiera sea de los que tratan de despojarle, porque éstos son también hijos suyos.

Pero la Oveja, el Rey temporal dulce y sacrificado, es Rey espiritual que sabe ser León, inexorable, cuando se trata de defender el sagrado depósito que por misión divina le está encomendado. 1864. El "Syllabus". La Verdad más tremenda que se ha opuesto al error y la mentira. Escándalo de los fariseos de su tiempo, y pavor de los impíos.

Invicto el Jefe espiritual, cébase la secta, por lo menos, sobre el inerte Jefe temporal, obteniendo el triste lauro de una victoria fácil y sin gloria: la del XX de septiembre en la brecha de la Puerta Pia. El Papa ya no es Rey de Roma. Ha quedado prisionero. Pero entonces —1870, precisamente en el momento más difícil en que se cuartejan las potencias católicas bajo la adversidad— la Providencia vela para que se haga más patente que nunca que su Reino espiritual es más ancho que el Mundo.

Pero, aun en su prisión del Vaticano, como antes en su Palacio del Quirinal, sigue llegando, no sólo la amenaza sino la hipocresía y la seducción. Mas, antes, como ahora, como siempre, responde Pedro: "...Nosotros no podemos menos de hablar lo que hemos visto y oído" (Actas, IV, 20). "¡Non possumus!".

"Non possumus" es respuesta de inmensa cortesía, sin altanería ni arrogancia, ante Poderes u opiniones llenas del orgullo del Siglo. Sin altanería ni arrogancia, pero de resistencia invencible, como es invencible el Espíritu Santo que la inspira.

"¡Non possumus!" Esta es la frase que resume las amarguras de un Pontificado que duró treinta y un años y siete meses, cerrándose el día 7 de febrero de 1878: el más largo y el más amargo, quizá después del de Pedro el Predicador.

PIO IX: DEL “HOSANNA” AL “CRUCIFIGE”

DEL “HOSANNA” AL “CRUCIFIGE”

Las consecuencias de la Revolución francesa habían obligado a las Cortes europeas a establecer aquel sistema político de defensa, de conservación, que se llamó “la Santa Alianza”. Entre sobresaltos y percances, venía sosteniéndola el astro decadente de Metternich, y —más o menos— a ella se habían adherido la mayor parte de los Soberanos de Europa. Como Rey temporal, el Papa anterior, Gregorio XVI, hubo de adaptar las líneas generales de tal sistema político, y la impiedad se había aprovechado para tachar de despótico y tiránico el espíritu severo y entero de tal Pontífice, y para acusarle de infeudación a Rusia y Austria. ¡La tiranía pontificia!

Pío IX, el dulce Pastor; el Obispo Mastai-Ferretti, que en Imola consoló y aconsejó a no pocos descarriados, y al que —a semejanza de su Maestro— no le horrorizaba aceptar la hospitalidad de publicanos y pecadores (aquí representados por un Conde Pasolini, entusiasta ingenuo de las ideas liberales), quiso inaugurar su Reino y su Pontificado con un acto de clemencia: la Amnistía. ¿Fue un acto de buena política? ¿Fue un acto de prudencia? Los corazones paternos no reflexionan muchas veces en ello, cuando de sus hijos se trata y si el nuevo Jefe de los Estados Pontificios cometió un error político, lo absuelve sobradamente el que éste demostrase que el Vicario de Cristo tiene corazón de padre.

NEOGÜELFISMO, IRREDENTISMO, XENOFOBISMO

Inquieta andaba Italia en este decenio trascendental que empezó en 1840; inquietud provocada por la magna sedición y terremoto de ideas que había provocado ocho lustros antes, la invasión napoleónica al introducir la Revolución en el mosaico de pueblos que constituían la península.

Estas ideas revolucionarias coincidieron con el profundo movimiento nacionalista que, iniciado en el siglo XVIII, se desarrolló en el siglo XIX, fomentado por las corrientes de unidad y de intercambio que originó el imperialismo napoleónico.

En una tierra tan racialmente cristiana —el sustrato de diecinueve siglos no lo borra un vendaval revolucionario cualquiera—, no es raro que un sentimiento que tenía, sin duda, gran parte de legítimo, adquiriera un matiz que casi podríamos llamar religioso: quizás románticamente religioso. ¿Era extraño que resurgiera el viejo atavismo antiteutónico, el recuerdo güelfo de las grandezas itálicas de los tiempos de Gregorio VII, de Alejandro III —la liga lombarda— e Inocencio III, donde la Tiara era la mejor protectora de la libertad de las nacientes ciudades y repúblicas contra el Cesarismo germánico de Enrique y Federicos?

Así surgió un instinto de neogüelfismo, bien entendido por cierto, que pretendía nada menos que colocar al Papa a la cabeza de una confederación de todos los príncipes italianos, liberando a la Península de influencias extrañas. ¡Quién podía prever que, con la futura unidad italiana, aquel neo-

güelfismo había de degenerar en un cesáreo neogüelismo itálico, que no había de contentarse hasta recluir al Papa, despojado y prisionero, en el Vaticano!

Pero, en el interín, la Península se estremecía toda ella. Al irredentismo liberador del reino lombardo-veneto, sometido entonces a la condición de provincia austríaca, había sucedido ya un xenofobismo integral. El grito que resonaba en todos los ámbitos —muy trasnochado, por cierto, aplicándose a los alemanes del Sur, tan cultos—, era éste: “Fuori i barbari!”.

Las dinastías que reinaban en Nápoles y en los pequeños ducados —enfeudados a los Habsburgo—, eran aborrecidas como extrañas, y, por un fenómeno centrípeta, las miradas de todos convergían hacia la dinastía de Saboya, que reinaba en el reino sardo, pequeño Estado, pero el único entre todos que, en el transcurso de los siglos, había demostrado una política propia y constituido una potencia, en verdad, no despreciable.

GIOBERTI, BALBO, D’AZEGLIO

Misteriosa predestinación la de este desconcertante reino de Cerdeña, cuyo origen, remontando al Medioevo, inicia una continuidad histórica admirable, un equilibrio entre constantes guerras. Desconcertante Estado, que abarca cosas tan dispares como la fría Saboya —de raza y lengua francesas—, el Piamonte, lo menos italiano, y Génova, lo más italiano de Italia. Y la gran isla que le da nombre, pobre y sin gran trascendencia.

De este reino salieron los tres “profetas” del “Risorgimento”, los que transformaron la simiente de los poetas en política viva: Gioberti, Balbo, d’Azeglio.

El primero, abate que tanto dio que hacer por sus errores teológicos, dio mucho más que hacer aún por sus trapisondas políticas, pues llegó nada menos que a primer ministro de Cerdeña. En sus obras político-religiosas descuella el pérfido consejo al Papado, de prescindir de sus más fieles asistentes: las Ordenes religiosas, con la tendencia hacia la secularización, que, como es lógico, había de tener reflejo, principalmente, en el Piamonte. Su obra política capital, “Primato morale e civile degli italiani”, coincidió, cronológicamente, con la del segundo “profeta”, menos artero, César Balbo: “Le Speranze d’Italia”, cuya resonancia fue universal.

Ambas obras proclaman la primacía italiana en todos los órdenes, y son un canto a la soñada independencia, que se coloca teóricamente bajo la presidencia del Papa (“¡Quiéren convertirme en un Napoleón, cuando no soy más que un cura de aldea!”, exclamaba, con su natural simpatía, Pío IX); pero que, en realidad, se confía a la espada de la Casa de Saboya.

¡La Casa de Saboya! Era su jefe el entonces Rey, Carlos Alberto, de la rama de Carignano. No menos desconcertante que su Estado, era este Rey, antiguo conspirador, carbonario, a la vez místico, visionario, juguete de las sectas y objeto viviente de contradicción.

¡El antiguo príncipe de Carignano! Por él sufrió cruel prisión de quince años el Conde Confalonieri, la legendaria figura que magistralmente nos pinta Silvio Pellico en “Le mie

prigioni". Objeto del odio de Metternich y de las esperanzas de cuantos querían unificar a Italia bajo la égida de un Rey que personificase liberalismo y patria, por él sufrieron muchos, de él se aprovecharon todos, y, al fin, los acontecimientos le arrastraron al abismo.

Mensajero de estos ideales fue Massimo d'Azeglio. Este político, personaje precursor de lo que diez años más tarde realizara Cavour, recorrió la Península, preparando aquella simiente tan compleja que albergaba, junto con el natural anhelo de patria y unidad, rebeldes ideas de libertinaje e irreligión y ponzoñas carbonarias largo tiempo contenidas. "Haced saber a vuestros amigos —dijo Carlos Alberto a d'Azeglio, cuando éste regresó de su peregrinación— que la hora no ha sonado aún. Pero que, cuando llegue, mi vida, la de mis hijos, mis tesoros y mis armas, todo será sacrificado a la causa de Italia".

LA PERFIDIA SERPENTINA

Mazzini, el conspirador más consumado del siglo; inspirador de todas las asechanzas personales contra el Vicario de Cristo y de todas las ambiciones cuya meta era la posesión de la Ciudad Eterna.

Aquél que, con la astucia de la serpiente, no tenía empuje en escribir, en 1847, a Pío IX —cuando éste creía del caso conceder libertades prudentes a su pueblo—: "Padre Santo: estudio vuestros pasos, animado de una inmensa esperanza... Confiad; fiaos de nosotros... Fundaremos para vos un gobierno único en Europa..."; mandaba, al mismo tiempo, las siguientes consignas a las sociedades secretas: "Aprovechad la menor concesión para reunir a las masas, aunque sólo sea con el objeto de demostrar gratitud. Fiestas, canciones, reuniones..., bastan para hacer brotar ideas, dar al pueblo la conciencia de su fuerza y hacerle exigente".

Y llevaba su cinismo a continuar con estos consejos a sus huéspedes: "Hay palabras regeneradoras que contienen en sí todo lo que se necesita, y que no debéis dejar de repetir al pueblo: libertad, derechos del hombre, progreso, igualdad, fraternidad; esto lo entenderá perfectamente, sobre todo si, en oposición a esas palabras, se pronuncian estas otras: despotismo, privilegios, tiranía, esclavitud, fanatismo, reacción". "Cuando un rey dé una ley liberal, aplaudidla y pedid la que va a seguir...".

Allí se movía la serpiente, enroscándose en el tronco de Italia, como antaño en el árbol del Paraíso. Y la conjura rodeaba al Papado, y tendíale, insidiosa, su red.

"SICUT AGNUS INTER LUPS..."

"...Sicut agnus inter lups". Y así llegó el fatídico 1848, que presenció la revolución general europea, el segundo ensayo en gran escala, desde la satánica Revolución francesa. Que si fue interior a ésta en sangre, no lo fue en trascendencia.

Y el Pontífice bueno se halló solo, terriblemente solo, ante el desquiciamiento general de Europa. Y el anterior "Hosanna", había sucedido la "Marsellesa" italiana, el "Scuoti, o Roma, la polvere indegna...", que las mismas masas de hacía dos años coreaban ahora bajo el mismo Quirinal, al compás de todas las subversiones y apostasías.

¡Había ya llegado la hora del "Crucifige"!

Austria se resquebrajaba ante la insurrección de Hungría y la de muchas de sus provincias; la Confederación germánica se conmovía terriblemente, gestando ya su futura unidad. En Francia, la revolución de febrero liquidaba a los Orleans. Ante la impunidad, Carlos Alberto desnudaba la espada e invadía el reino lombardo, mientras el embajador inglés, lord Minto, sostenía bajo mano todos los hilos de la enorme conjura, obedeciendo las instrucciones del gran director de la orquesta europea, lord Palmerston.

No queremos fatigar al lector con el relato de todas las vicisitudes que sufrió Pío IX, víctima de la demagogia triunfante. Amenazada ya su sacra persona —en tanto que el tremendo enredo llegaba a complicar a las mismas tropas pontificias en la absurda guerra del norte de Italia—, hubo de apelar Pío IX a la fuga, incluso para salvar su honor.

EL CONSISTORIO DE GAETA

Al llegar al Estado de las dos Sicilias, presenció el conmovedor espectáculo de ver a su Rey, Fernando II de Nápoles —el mismo "rey bomba", como le llamaba la calumnia—, loco de contento, como un niño, ante el honor de hospedar a su Pontífice: "¿De dónde el honor de que el Vicario de Dios venga a mí?".

Gaeta, la plaza que la Historia reserva para tan grandes hechos, fue cedida por el piadoso monarca para que el Papa instalase allí su Sede espiritual y su Corte temporal. Y Gaeta fue luz en las tinieblas de aquellos dos años agitados; hasta que, en 1850, ante el regocijo de todos los buenos romanos, hartos de tiranía republicana, regresaba el Pastor supremo a su Ciudad Eterna.

El hecho más memorable de Gaeta fue la Encíclica del día de la Purificación, del 2 de febrero, recogiendo la tradición universal de la creencia del dogma de la Inmaculada.

Es extraordinario, humanamente hablando, que un soberano desposeído, que un Pontífice abrumado por el triunfo de la Revolución y preocupado por los avances del materialismo, que debía luego dominar prestigiosamente la segunda mitad del siglo XIX, sintiera lo que muchos calificaron de "preocupaciones" teológicas, y reivindicase el dogma que más desprecio, en apariencia, merecería de las luces del siglo y de los pueblos del Norte, de herencia totalmente protestante, "progresivo" y poderosos.

Pero este dogma —que el orgullo de la época no podía perdonar tuviese su plasmación en los sencillos altares azules do se postra la juventud— era, como muy bien dice Villefranche, "una respuesta triunfante a todos los errores del espíritu moderno. El dogma de la Inmaculada Concepción, aplasta definitivamente y pulveriza todos los sistemas racionalistas, que se niegan a admitir, en la naturaleza humana, ni caída ni redención sobrenatural. Así que la impiedad hubo comprendido todo esto, atacó furiosa lo que llamaba el "nuevo dogma", ostentando con este motivo su incapacidad e ignorancia. Sin que turbasen a Pío IX estos vanos clamores, prosiguió inalterable la obra que el Cielo le había inspirado, mostrándose firme en poner toda su confianza en una humilde Virgen, más bien que en los veleidosos votos de los pueblos o en la fuerza de los cañones".

LUIS CREUS VIDAL

BANDERA DE CONTRADICCION

¿Dónde se había visto, en el siglo de las luces, condenar la proposición de que el Papa “debe reconciliarse con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna”?

Pío IX les había parecido oscurantista, sin prudencia ni mesura.

Dura fue la congoja. Tan “dura”, que, ochenta y tantos años después, aun en algunos ánimos “perdura”.

Era un choque neto, un golpe dado, de frente, cara a cara, contra la entera mentalidad del siglo.

Y era, también, la aplicación valiente y llena de consecuencia del consejo evangélico. “Opportune” e “importune”. A veces no queda otro remedio: precisa ser inoportuno. El bisturí, por ejemplo, siempre lo es. Pero su inoportunidad vence la gangrena y salva las vidas. Tal ocurrió con el bisturí que a la Sociedad supo aplicar su supremo Médico el 8 de diciembre de gracia 1864, décimo aniversario de la proclamación del Dogma de la Inmaculada Concepción.

ESCANDALO EN ESPAÑA

Al bueno de don Cristino Martos no se le podía sacar el susto del cuerpo. Cinco años después, aún le duraba. Ante las noticias sobre la convocación del Concilio Vaticano, entre lágrimas y suspiros, como Ministro de Estado de aquella “España con honra” que hacía poco se había proclamado en la bahía de Cádiz primero y sobre la sangre de los campos de Alcolea después —una España que no era tal España, y una honra que no era tal honra—, se dirigía a su representante en Baviera, donde, llevada la batuta por el príncipe de Hohenlohe, se incubaba una conspiración de parte de las llamadas “potencias católicas” contra los santos designios del Pontífice.

“...No menos extraño sería ver convertidas en decretos conciliares las graves proposiciones del Syllabus”, le decía. “Semejante medida sería la declaración oficial de una guerra sin tregua entre el catolicismo y el espíritu de que proceden el derecho y las instituciones políticas de nuestro tiempo...”.

¡¡Pobre don Cristino Martos!! ¡¡¡Pobres liberales!!!

“Guerra entre el catolicismo y el espíritu de que proceden el derecho y las Instituciones políticas de nuestro tiempo...”. Pero, y a su vez, preguntamos nosotros, ¿de dónde proceden el moderno progreso y la moderna civilización, sino del Cristianismo? ¿Quién, si no la Iglesia, en una larga y paciente labor de un milenio, fue la que educó a los pueblos bárbaros y los convirtió, de fieras que antes eran, en las magníficas modernas naciones? ¿Quién, si no la Iglesia, antes de esto, había sido capaz de civilizar —si, ésta es la palabra— al propio Romano Imperio, haciendo humana y decente una Sociedad cuyo solaz, durante siglos enteros, habían sido las bestiales luchas de gladiadores en los anfiteatros, o las infames torturas a que se sometía a los cautivos?

“Guerra entre el catolicismo y las modernas instituciones políticas...”. Esta absurda posición, típicamente liberal, calumnia que tan enraizadamente se ha introducido dentro de

nuestras propias conciencias, calumnia que desde que “brillaron las luces” del siglo XIX flota en el ambiente.

A tal cosa suenan aquellas otras declaraciones del mismo famoso Ministro de Prim cuando, dirigiéndose ya directamente a su Encargado de Negocios en la Santa Sede, lleva su pedantería hasta calificar al espíritu de la Iglesia como “incompatible con el que infunde vida y vigor al mundo moderno”, como enemigo de “las ideas que constituyen la esencia de la civilización contemporánea”.

Y, digno liberal de aquellos de los que, donosamente, se afirmaba que “amaban tanto la libertad, que no se contentaban con la suya propia, sino que querían también la de los demás”, llegó, en el primero de los dos documentos citados a anunciar: “En tal confianza, el Gobierno de S.A. (aquí se refería al del Regente Duque de la Torre) no ha creído conveniente faltar a sus principios liberales impidiendo la



participación de los prelados españoles en las deliberaciones del próximo Concilio". He aquí cómo asoma la primera triste consecuencia del liberalismo cesarista: el fantasma del salvoconducto. Triste anuncio de lo que había de venir, de la terrible regresión que iba a ser este siglo XX.

ESCANDALO EN FRANCIA...

"...Y decidle, añadió por lo bajo Napoleón III, decidle a Su Santidad, que suspenda este Syllabus. Por lo menos, que nos pongamos de acuerdo para que no se conozca en Francia. Si a esto se aviene, creo poder garantizarle, perpetuamente, la protección militar con que le vengo asistiendo. De lo contrario, no sé si podré mantenérsela..."

La proposición, artera, pone al descubierto cuanto temía la Secta el golpe del cayado del Pastor. Napoleón III, hombre, sin duda, no perverso, contemporizador y débil, debía su trono imperial, como es bien sabido, a la mayor de las paradojas: al apoyo inicial de las Sectas, como antiguo carbonario, y al circunstancial, pero definitivo, que más tarde le prestaron los católicos franceses, para apartar el mal mayor de la revolución. Figura débil, si por su natural tendía, sobre todo bajo la influencia de su esposa, la noble Emperatriz Eugenia, la más clara figura de su tiempo, hacia los últimos, se hallaba, no obstante, en manos de los primeros. El viejo conspirador seguía juguete de aquellas fuerzas ocultas que, cuando hacía falta, cuidaban de recordarle su presencia mediante el oportuno atentado. Toda la historia del segundo Imperio es un desconcertante péndulo que oscila entre ambos extremos.

Tanto temía la Secta la gallarda posición del Papa, que, ante el peligro del Syllabus, pensó, por un momento, incluso en una "máxima concesión", en aplazar su sueño dorado: la expoliación de Roma. Napoleón —lo presumimos— debía quedar, de momento, tranquilo.

Por ello Napoleón se dirigía al Pontífice: "Suspende tu Syllabus", le insinuaba. "¿A qué este documento comprometedor?"

"Suspende tu Syllabus, y el fin de tu Pontificado será calmo. Este jirón de los antiguos Estados pontificios te será conservado y una áurea mediocridad coronará tus días".

"¡¡¡Mas nosotros no podemos menos que hablar lo que hemos visto y oído!!!" (Hechos, IV-20). Esta es la eterna respuesta de Pedro y Juan a los pobres del siglo. "¡¡Non possumus!!". Es la perpetua, la heroica resistencia del Pescador, crucificado cabeza abajo, de Pío IX, becado y escarnecido. Non possumus. Oportunamente. Importunamente. Muchas veces, como ésta, importunamente. Napoleón III debía quedar estupefacto. ¿A tanto llegaba aquella "falta de medida pontificia, que por la publicación de un documento comprometía todo el porvenir de lo Temporal"?

EL LIBERALISMO ENEMIGO DE AYER Y DE HOY

"El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna". Ya lo hemos visto antes. El Papa estaba en su derecho al

condenar esta proposición, porque el "progreso", la "civilización moderna" a que se refería el siglo, no eran el auténtico progreso conseguido por la Iglesia al educar a los pueblos, ni la civilización auténtica consagrada al signar las frentes bárbaras con la señal de la Cruz, tras un milenio entero en que los frailes habían enseñado, penosa y porfiadamente, a una humanidad caída de nuevo en la infancia, sendas y porvenir mejor. Era el seudoprogreso, la seudocivilización, que derrochaban los tesoros acumulados por aquél y por aquélla, el auténtico y la auténtica, al modo que el heredero corrompido y calavera destroza alegremente, en su libertinaje los tesoros que trabajosamente amasaran sus antepasados. Y queda aún, además, por comentar, este otro punto, de los tres que figuran en la proposición: el liberalismo.

¡El liberalismo! ¡Palabra que electriza las santas energías de reacción de nuestros antepasados y los agrupaba en torno de nuestras banderas eternas, en heroico contrapeso al falso y deslustrante prestigio que le otorgaban el mundo y el demonio y hasta quizá la carne!

El Syllabus fue, por encima de todo, el Documento pontificio antiliberal por excelencia. Piedra de escándalo, como hemos dicho, señal de contradicción, fue aviso providencial que llamó la atención al mundo católico contra la cizaña que el "hombre enemigo" había logrado sembrar. ¿Cabe exageración si decimos que el Syllabus fue el verdadero preludio y base del santo Concilio Vaticano, y que, al ser éste, a su vez, Renovación providencial de la Ciudad Santa, debe atribuirse, por tanto, a aquél, y a su Encíclica continente, la Quanta Cura, unas dimensiones de excepcional trascendencia? No sería, ciertamente, osado afirmar que, la lógica de las conclusiones, una tras otra, nos llevaría a afirmar que, si algún resto queda aún hoy de civismo y algunas esencias sociales en el Mundo, en el Syllabus han tenido el áncora de salvación.

Y nos toca, a nosotros, a nuestra Revista CRISTIANIDAD, que nos honramos con acogernos a la bandera antiliberal que agitaban nuestros abuelos y que hoy parecen algunos, vergonzosamente, querer disimular, a nosotros, ramieristas, miembros del Apostolado de la Oración, que vindicamos los derechos de Jesucristo sobre la Sociedad humana en toda su plenitud de su divina realeza, recordar, aquí, que este Syllabus, que había hecho sudar de angustia a D. Cristino Martos y con él, antes y después de él, a tantos bien y mal intencionados, timoratos los primeros, aviesos los segundos, es un Documento de plena y perpetua actualidad, y de imprescriptible vigencia, como lo son todos los Documentos magistrales de la Sede Apostólica.

Así, en sus páginas, condena Pío IX que se diga que "cada hombre es libre de abrazar y profesar la religión que haya creído verdadera, según la luz de la razón", que se ose mantener que con "el protestantismo se puede ser grato a Dios como en la Iglesia católica".

LA ESPOSA INMUTABLE DE CRISTO, AYER, Y HOY Y SIEMPRE

Esposa nuestra Madre, esta Iglesia amada a que antes nos referimos, del Hijo de Dios, de Aquel que es, debemos en ella admirar, sin duda, en alguna forma, algunos como reflejos de

la divina Esencia. Idéntico a Sí mismo, Ser necesario, el mismo Ser, es esencialmente distinto del mundo universo, físico o espiritual, constantemente mudable y contingente. Guardando determinada analogía, en el mundo moral y social, la Iglesia nos ofrece esta inefable diferenciación en relación a todo cuanto la rodea. Inmutable en lo esencial —su adaptación, en maternal táctica, al inclinarse hacia las humanas contingencias, no altera para nada sus fundamentos— la Roca de Pedro, persiste impávida e inalterable, mientras todo cambia en derredor. Y esta realidad nos debe confortar, y debe, más que otra ninguna, alimentar el sentimiento que ha sido felizmente llamado de “patriotismo cristiano”, que es el que nos debe anclar, apasionadamente, en las luminosas riberas de nuestra Patria militante, antesala terrestre de la otra, la Triunfante, que en lo alto nos espera.

“¿Quién no guarda cerca de su corazón la historia de su madre?”, contestaba Luis Veuillot a los que le preguntaban porqué tenía siempre a su vera algún tratado de historia de la Iglesia. Cristo ayer, y hoy, y siempre. Sienkiewicz nos pinta magistralmente a Pedro, en el Anfiteatro, ante el martirio de sus hijos fieles; la historia y la literatura nos muestran al Papa León, quien, al consagrar a Carlo Magno, coronaba una labor titánica; al Papa Gregorio VII muriendo en el destierro “porque había aborrecido la iniquidad”; al Papa Pío V proveyendo, afanoso, los preparativos de la gran Armada que en Lepanto había de salvar de la esclavitud al mundo. Mas ni Pedro, ni León, ni Gregorio, ni Pío V, habían manifestado nunca otra cosa que lo que proclamaba, siglos después, Pío IX: que el hombre no es libre —en el sentido de libertad que entiende el siglo— de profesar la religión que le dicte su capricho, sino que, por el contrario, debe diligentemente abrazar aquella que, única, es verdadera. En definitiva, si esta verdad no fuera absolutamente fundamental, no murieran por ella ni los cristianos en el Anfiteatro, ni coronara el Papa León al Emperador de los francos, ni feneciera en el destierro Hildebrando, la más grande figura de su época, Papa heroico,

Gregorio, séptimo de su nombre.

Idéntica siempre a sí misma, inmutable, distinta de esta continua evolución que en el mundo moral y de las ideas parece querer hoy rubricar los delirios bergsonianos, la Iglesia, fundada sobre la Piedra, proclamaba con Pío IX exactamente los mismos principios que enseñaran Pedro y Pablo en la Cárcel Mamertina, y que son asimismo los que hoy repite nuestro Pontífice felizmente reinante, Pío Papa XII. Por lo tanto, si la Encíclica Quanta Cura tuvo, en su tiempo, la extraña virtud de conmover las conciencias, no vemos ninguna razón para que ahora no siga conmoviéndolas. Si chocó el Syllabus con los tremendos prejuicios liberales del siglo XIX, es muy natural y es muy lógico que ofenda a los de nuestro siglo, los de este pobre siglo XX que se asienta en los errores de su antecesor, y que sobre él sólo tiene una ventaja, a cambio de tantos sufrimientos: y es ésta la experiencia del desengaño. Por lo menos, el liberalismo ya no tiene el prestigio de antaño.

Pero guarda, sin embargo, su atracción. El liberalismo es cómodo, y, además, sabe de elegancias. En los atrezos de hoy, agotado todo bajo la actual crisis de valores, se acude fácilmente a la resurrección de viejos modelos. El liberalismo, que adula los dos más profundos recovecos del corazón humano —el orgullo y el egoísmo más refinado—, tiene pasto asegurado en tanto subsista en nosotros la vieja concupiscencia legada por nuestros primeros Padres.

Al modo que el buen médico busca y cura a los enfermos, pero mata sin piedad a los microbios y a los gérmenes del mal. Esta ha sido, es y será la única y eterna economía del Papado. Oportuna e importuna. Y esta fue la santa inoportunidad del Syllabus, bandera de contradicción que este número de CRISTIANDAD se honra en venerar.

LUIS CREUS VIDAL (Marzo 1947)

El SYLLABUS, de Pío IX documento Pontificio antiliberal por excelencia condena la proposición de que: "El Papa debe reconciliarse con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna".

LA BELLA PREHISTORIA DE “SCHOLA CORDIS IESU” Y “CRISTIANDAD”

LUIS CREUS VIDAL

Fue Luis Creus el cronista de “Cristiandad” y “Schola”, sobre todo de sus primeros tiempos. Ya en 1944 escribió su “Prehistoria de Cristiandad” en la que revive sin nostalgia los ideales de un grupo de jóvenes congregantes y su sobrenaturalizada fructificación al descubrir y seguir al Padre Orlandis. Con ocasión de los sucesivos aniversarios de “Cristiandad” a los 15, a los 20, a los 25, a los 40 años, fue redactando nuevas versiones de unos mismos hechos y vivencias, siempre enriquecidas con nuevos datos y recuerdos. Todos aquellos que la Providencia nos llevó a “Schola” tras los años 60 —llegada de la que intuimos que el Padre Orlandis no debió de ser ajeno—, hemos podido llegar a conocerle un poco más a través de las crónicas y recuerdos de Luis Creus. De todas ellas hemos entresacado e hilvanado estos fragmentos.

FORMAR CELADORES DEL APOSTOLADO DE LA ORACION

A Providencia deparaba al Apostolado de la Oración de Barcelona, hacia 1922, “un Director molt savi”. Un Director muy sabio. Nuestra María Asunción López ha dejado escrita en la Revista la breve biografía juvenil del hijo de ilustre casa mallorquina. “El noble Señor Ramón Nonnato Orlandis Despuig”.

Y el Padre, desde su llegada a Barcelona, se hizo cargo del Apostolado de la Oración.

Fidelísimo, estaba embebido del Padre Ramière. Y soñaba continuar su obra.

Su idea básica y genial, de parte de nuestro Padre, era la de crear algo, entidad, revista, quién sabe, todo cuanto pudiera conducir a la mejor formación piadosa, al tiempo que intelectual, de los celadores del Apostolado de la Oración que le había sido encomendado. Esto mismo había soñado el P. Ramière.

En la Congregación de la Inmaculada y en la de San Francisco de Borja, de Barcelona, halló la cantera. Su Director, el P. Manuel M. Vergés, también de santa memoria, era más dado a la piedad y a la acción activa, a la acción activísima, quizás un tanto ingenua bien que tan profunda, más que a la formación intelectual. Algunos congregantes echaban de menos esta faceta. Ellos acudieron —su núcleo éramos nosotros— al Padre Orlandis.

DIOS CONDUCE TODO HACIA EL TRIUNFO DE LA IGLESIA

Al Padre acudíamos en aquellos años para nosotros juve-

nils y llenos de promesas, y fue entonces cuando él comenzó, **sub specie aeternitatis**, a enseñarnos y mostrarnos los caminos de la Providencia.

Le seguíamos y le escuchábamos. Allí comenzamos a oír y comprender “que la Historia tiene un sentido, que la Providencia —como acabamos de decir más arriba— tiene sus caminos y que Dios lo conduce todo hacia un fin...”.

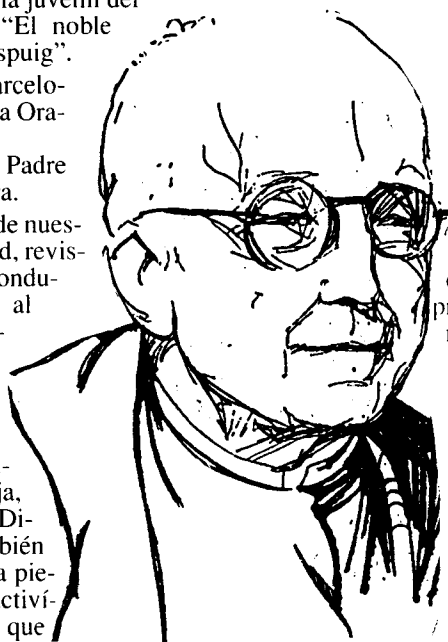
No es cuestión aquí, de repetir ni de inventariar aquella formidable conjunción de genio intelectual y de piedad cristiana que informaba la persona de nuestro Padre espiritual.

Puntales y objetivos de su pensamiento de águila; la Filosofía de Santo Tomás, la Escriturística, la “Teología de la Historia” (su propia creación genial) no como lucubración muy erudita, pero al fin y al cabo estéril, sino como escenario y preparación del Reinado de Jesucristo. Y, en un plano superior aún, en el propiamente sobrenatural: la herencia del Padre Ramière, la escuela de Santa Teresa del Niño Jesús, la Devoción al Corazón de Cristo.

UNA PEÑA DE PARTIDARIOS DE JESUCRISTO

Donosamente, el P. Orlandis nos representaba, como en un infinitamente alejado símil, el desinterés que los “partidarios” (permítasenos el humorismo, hoy se llaman “hinchas”) de los clubs deportivos sienten hacia los mismos. Harían, incluso anónimamente, cualquier sacrificio, con tal de procurarles la victoria. Este desinterés, en alguna forma, es **puro**.

Y nos invitaba a sentirnos **puros** partidarios de Cristo. Y esto es, quizá, lo que en aquellos momentos brillaba en la vieja SCHOLA. ¡Una “Peña” de partidarios de Jesucristo!



Una modestísima peña de “partidarios” del Corazón de Jesús en su tremenda lucha contra el poderoso Príncipe de este Mundo es lo que intenta ser SCHOLA. ¿Cuál era su verdadero espíritu?

EL BUEN DIOS NO NECESITA DE NADIE

El azar nos trae un fragmento de Santa Teresa del Niño Jesús, que acaso nos ayude a explicar un poco aquel espíritu: “...ce qu'elle estime, ce qu'elle désire uniquement, c'est de faire plaisir a Jésus... elle le sait, elle l'a compris, le bon Dieu n'a besoin de personne, encore moins d'elle que des autres, pour faire du bien sur la terre” (Hist. d'une Ame, cap. IX).

“Le bon Dieu n'a besoin de personne”.

REPUBLICA Y MAYORIA DE EDAD

Vino luego la República, y con ella la disolución de la Compañía de Jesús.

Había sonado la hora. Ya no había lugar a estudiar demasiado la actividad de las Sectas, cuando éstas obraban a pleno día. Pero el grupo estaba ya sólidamente formado. Nuestro buen Padre en ningún momento había perdido el tiempo. Aprovechando beneméritos bienhechores, gran “ratón” de Biblioteca (¿no se autollamaba así, con grande humorismo, el Papa Pío XI, el Papa Ratti?) había reunido una preciosa —que aún conservamos celosamente, que es la nuestra, de hoy— de miles de volúmenes consagrados preferentemente a la Historia (especialmente moderna y contemporánea), Teología y Sociología.

Nuestro grupo tomó más que nunca conciencia de su naturaleza. Y objeto. Formación espiritual e intelectual de auténticos celadores del Apostolado de la Oración para el Reino de Cristo.

LA SOBERANIA SOCIAL DE JESUCRISTO

Era una tarde de invierno en 1932...

En un piso alto, un tercero, de la calle de Balmes, un grupo de jóvenes se reunía, como lo hacía frecuentemente varias veces por semana. Y no improvisadamente, sino desde mucho tiempo: años. Y lo hacía con mayor unción, pues se adivinaba ya en el ambiente la gran persecución contra la Iglesia que había de hacer florecer tantos mártires en 1936.

Aquella tarde, este grupo recibía la habitual visita de un religioso tan venerable como vibrante y profundo. Su maestro.

Y fue en aquella ocasión en que éste les dio a conocer las formidables y llenas de sobrenaturalismo páginas finales de “La Soberanía Social de Jesucristo”, del Padre Enrique Ramière. Resumen breve de toda una TEOLOGIA DE LA HISTORIA... ¡que atronaron en el oído de aquellos fervorosos jóvenes como el estruendo del cañón!

En él, citando a De Maistre, advierte cómo “la Providencia va recta a su fin, y no en vano agita el mundo. Todo anuncia que marchamos hacia una grande unidad, a la cual, valiéndome de una expresión religiosa, hemos de saludar de lejos. Nos hallamos dolorosa pero muy justamente pulveriza-

dos; más si unos ojos tan miserables como los míos son dignos de entrever los secretos divinos, creo que esta pulverización tiene por objeto facilitar la aleación”.

Y le compara a Donoso Cortés cuando ve “a la Providencia ocupada en borrar la página que la razón humana sublevada contra la fe, se ha ocupado en escribir por espacio de tres siglos; pero la ve al propio tiempo dispuesta a escribir sus propias obras en esta página anulada. En estos gérmenes de vida que la mano de Dios arroja con tanta prodigalidad en el seno del caos, reconoce el gran filósofo las prendas de la óptima cosecha que se prepara, y al vislumbrar al Espíritu creador que se cierne, como en los primeros tiempos, sobre las turbias aguas, repite con la Iglesia estas consoladoras palabras del Salmista: “Enviaréis a vuestro Espíritu, y se hará una nueva creación y renovaréis la faz de la tierra”.

PERSECUCION Y TESTAMENTO DEL OBISPO MARTIR

Así nació SCHOLA. Nació, coincidiendo con las angustias de la disolución de la Compañía, y con los avatares de la República y tras ella, la tragedia de 1936.

La protección de Dios para con nuestro Padre fue tan visible, tan inverosímil incluso, que todo comentario sería impertinente. Esto habla por sí solo.

Aun y salido de la cárcel, se negó a salir de Barcelona, cosa que se hubiera ciertamente conseguido.

Se debía a sus ovejas. Especialmente a las que aquí quedaban.

Debía confiarles y procurarles a Jesús, bajo las especies eucarísticas, y, entonces, bajo la protección de cajitas de hojalata, y plenas catacumbas.

Al fin y al cabo, por muy importante que fuera la Teología de la Historia —y necesario su consejo, quizá en Roma, quizá en otros centros mundiales—, llevar a Jesús a sus ovejas era mucho más importante.

Tuve ocasión de hablar, en circunstancias bien extraordinarias, de nuestra “Schola”, con otra jerarquía más alta: con el Pastor de nuestra Diócesis, con el Obispo Mártir, doctor Irurita. Conocía nuestro grupo, y me manifestó altísimamente la complacencia que le causaba nuestra buena voluntad. Y ratificó y avaló —si procede la palabra— la dirección que nos guiaba y a la que obedecíamos. Los momentos parecían dar especial solemnidad, como de testamento, a sus palabras: “Sígana —me insistió— sin titubeos. Cuanto ella les mande y recomiende hacer, es el Obispo de Barcelona quien lo manda y recomienda”.

SCHOLA CORDIS JESU Y CRISTIANDAD

1939 volvió a encontrarnos reunidos.

Sólo faltaban dos, los dos mejores. Sus discípulos Planas y Anguera. Y el Padre nos dio una señal, ante los nuevos tiempos.

Con santa audacia, alargó el nombre, antes tan modesto, de “Schola”.

En adelante se había de llamar “Schola Cordis Jesu”. Con

esto se dice todo.

Escuela sobre todo, de la virtud que más a fondo nos quiso "meter" nuestro Padre, esta virtud tan desconocida como esencial y necesaria que nunca, precisamente en nuestros pobres tiempos: la ESPERANZA.

Y fue entonces, o poco después, al conjuro de esta señal cuando nació nuestra Revista.

¡Qué cosas tiene la Providencia! Entre bromas y veras, sin ningún adalid y propiamente dicho, la idea de la Revista cuajó. Y cuajó venida de arriba. El propio Padre Orlandis, su inspirador, decía, y era verdad, que no era su autor: de otra parte esta aseveración, que ahora quizá choque a algunos, no extrañará a quienes conocieron la despreocupación, la total falta de proselitismo humano, que caracterizaba a nuestro Padre, en su absoluto abandono santo. Mas, antes este caso de "generación espontánea" el Padre vio la mano de Dios. ¿No había luchado tanto, su venerado antecesor, el Padre Ramière, para lanzar una Revista auténtica, la Revista del Reinado de Nuestro Señor Jesucristo mediante la devoción a su Corazón divino?

“VILLE MYSTÉRIEUSE...”

En un momento de expansión, un día, cerca del Padre, le ponderábamos la feliz expresión de un escritor francés que calificaba, profundamente, a Santa Teresa del Niño Jesús, la Santa del Papa Pío XI, la Santa de nuestro Padre, como de "Fille mystérieuse". Y he aquí que, de repente, el Padre se levanta como iluminado. Y, mostrándonos Barcelona, nos dice: "He aquí, y de otra manera, una 'Ville mystérieuse'".

Porque en ella, nuestro Padre —e insistía sobre este punto—, tenía la seguridad absoluta de que habían un día los tiempos de ver al Corazón divino, tal como anuncia la profecía del Padre Hoyos. Yen primer plano de la misma. Reinando, incluso dentro de la predestinada España, con mayor veneración aún si cabe.

¡¡SI, TODO!!!

Al coronar esta Prehistoria, tan bella, de SCHOLA y de CRISTIANDAD, acabándola en este vértice que, para nosotros, fue el tránsito de nuestro Fundador, Ramón M. Orlandis, al Cielo, no se nos ocurre, en este momento, otra cosa en este artículo nuestro que casi no ha sido más que citas, referirnos a lo que decía de nuestro Padre el Doctor Francisco Canals en el artículo del número homenaje (tantas veces referido), núm. 331, año XV, septiembre de 1958, "Continuador del Padre Ramière":

—¿Quiere algo, Padre?

—Sí. TODO.

Así respondió el P. Orlandis, muy próximo ya a su muerte, a uno de los que habían convivido íntimamente con él, que acudía a visitarle a la enfermería del Colegio Máximo de Sant Cugat del Vallés.

Esta palabra, que parece evocar en su agonía el recuerdo de aquel gesto infantil, decidido y "comprometedor", con que Santa Teresa del Niño Jesús "lo escogió todo", puede considerarse también en nuestro P. Orlandis como expresión muy profunda de la actitud fundamental de su vida.

Sí. TODO. Afirmación y universalidad en su actitud respondían a un ideal infinito y último; el TODO que era su vida, y a que tendían todas las actividades de la época de su madurez, consistía nada menos que en la PLENITUD DE CRISTO EN SU REINO. La consumada plenitud, que entreveía en visión grandiosa y sintética, del orden divino en el que todas las cosas participan y se integran en Dios, "que es todo en todas las cosas".

Y éste ha sido el legado grande, del Padre, a sus hijos, los de SCHOLA CORDIS IESU y de la Revista CRISTIANDAD.

Tuve ocasión de hablar, en circunstancias bien extraordinarias, de nuestra "Schola", con otra jerarquía más alta: con el Pastor de nuestra Diócesis, con el Obispo Mártir, doctor Irurita. Conocía nuestro grupo, y me manifestó altísimamente la complacencia que le causaba nuestra buena voluntad. Y ratificó y avaló —si procede la palabra— la dirección que nos guiaba y a la que obedecíamos. Los momentos parecían dar especial solemnidad, como de testamento, a sus palabras: "Síganla —me insistió— sin titubeos. Cuanto ella les mande y recomiende hacer, es el Obispo de Barcelona quien lo recomienda".

“ESPERABAMOS LA PAZ Y ESTE BIEN NO VINO...”

...De todo lo cual resulta claro que no hay paz de Cristo sino en el Reino de Cristo, y que no podemos nosotros trabajar con más eficacia para afirmar la paz que restaurando el Reino de Cristo.

Pio XI - “Ubi arcano”

(23 diciembre 1922)

La paz, bien prometido a la humanidad, que ésta quiere buscar fuera de los caminos por los que Dios se la va a conceder, es el tema del magistral artículo que en 1948 publicó Luis Creus y que en síntesis reproducimos. Partiendo de 1917, año crucial en la época moderna, a la luz de la Encíclica “Ubi Arcano” de Pio XI de 1922, analiza los acontecimientos de aquellos llamados “felices años 20”. Cuando Creus dedicó su larga serie de artículos, a las consecuencias de lo fraguado en 1917, a algunos nos parecía excesiva la trascendencia que el autor les atribuía. Hoy con la perspectiva de los 75 años son ya muchos los que reconocen sus consecuencias en los más graves problemas internacionales de los años 90. Acontecimientos como la fragmentación del Imperio Austro-Húngaro en estados artificiales e inviables; El fin del imperio turco de la media luna, no sustituida por la Cruz, sino por los intereses del poder económico mundial, creador del moderno Israel ateo, y el paradójico despertar de su sueño del viejo Islam. La repetida cantinela del “nuevo orden mundial” que tras la guerra del Golfo y su precaria paz, entonan otra vez los Wilson y Rooswelt de hoy, aunque su credibilidad es ya nula. El desplome del comunismo, considerado por unos como el futuro irreversible, y por otros como el definitivo anticristo, —cuando ha sido y es sólo el temporal instrumento de la Providencia para castigar a la cristiandad apóstata, tal como anunció la Virgen en Fátima en 1917... Todo ello bajo el ansia de paz de la humanidad, que ahora se le promete, no ya como fruto del equilibrio del terror, como en los últimos 40 años, sino como logro del bienestar que trae la democracia. Hoy es más urgente que ayer el mensaje de que sólo Cristo puede traer y va a traer la paz al mundo, y que la paz de Cristo viene sólo con el Reino de Cristo, tal como Luis Creus nos lo recuerda, en los fragmentos de los dos artículos que reproducimos, separados por 30 años de incesante afirmación.

La desmembración del Imperio Austro-Húngaro

El 30 de junio de 1919 se firmó el Tratado de Versalles. A éste habían seguido los de St. Germain, de Trianon, de Sévres... Tratados... tratados... tratados...

Había cambiado la Geografía.

Quedaba disuelto el Imperio alemán fundado por Bismarck; sus colonias habían sido colocadas bajo Mandato; la mayor parte de ellas bajo el de Inglaterra y algunas bajo el de Francia (Declaración franco-británica de 10 de julio de 1919). Las oceánicas habían pasado al poder del Japón.

Se había disuelto el Imperio Austro-Húngaro, y acababa de desaparecer con él una Institución que luego, la Historia y la Geografía, han demostrado hasta la saciedad lo necesaria que era para mantener una estabilidad y una feliz convivencia entre los pueblos danubianos. Macrocéfala, la insignificante República austríaca, se debatía en la más angustiada miseria. El orgulloso y bravo pueblo magyar había sido materialmente despedazado. Y al conjuro de la voz wilsoniana de la “resurrección de los pueblos” y de su “libre determinación”, una serie de nacionalidades, harto discutibles, surgían, afectadas no sólo de la herencia de un común vínculo sectario, germinado en odios, sino de otro defecto, quizá el más

grave que puede ostentar toda obra política: la improvisación.

Con el fin del Imperio Turco renace el Islam

Se había disuelto el Imperio turco. Justo castigo, es cierto, que en la hora de la Providencia había, por fin, sonado para el que había sido enemigo secular del nombre cristiano. Más la destrucción del viejo solar de la barbarie no había sido llevada al cabo bajo ningún signo de Cruzada. Las tropas de Allenby, que en 1917 habían “liberado” los Lugares Santos, no tenían, ciertamente, nada de Godofredos. Su objetivo no había sido el de rescatar el Santo Sepulcro, sino que visaba, más que otra cosa, a la ocupación del lugar estratégico que es y será siempre el auténtico centro del Mundo: camino de la India, y al mismo tiempo salida natural del misterioso líquido que mueve los motores de las modernas naves del mar y aire. Y menos trataban de instaurar ahora una cristiana Monarquía, ungida de rodillas sobre el terreno sacro de la redención; por el contrario, si la Media Luna se eclipsaba en Constantinopla, adquiría renovado creciente con el resurgir de los pueblos árabes que se beneficiaban de las intrigas de Lawrence, y se producía el fenómeno paradójico con ello en definitiva, de un

insospechado despertar del viejo Islam.

El nuevo orden mundial

1917. Benedicto XV había dirigido a ambos beligerantes una proposición de paz honrosa para las dos partes una proposición que había sido recogida por el bando que ya se sentía más débil, y que había sido rechazada por el adalid del que se sabía más fuerte: Wilson, desde el olimpo de su elevada terrenal magistratura. A la alta y providente previsión del Vicario de Cristo, había osado el presidente americano, constituido en santón de todas las utopías, oponer sus famosos 14 puntos... ¿Para qué el Mundo había de fijar sus ojos en Roma, si desde lo alto del Capitolio, allí en Washington, rodeado de todos los prestigios modernos, un gentleman daba fórmulas elevadas paz y la liberación? ¿No era más propio de nuestros tiempos aquella solemne reunión de fracs y de smockings que aquella otra; la “caduca” visión de una Tiara y de unas púrpuras? ¡Woodrow Wilson! ¡Pocas veces la Humanidad entera se ha dejado sugestionar de tal manera! Pocas veces la voz profética fue tan exacta: “Esperábamos la paz... Esperábamos la luz...”, porque la ilusión de la utopía se extendió por el mundo todo bajo la augusta sombra del superhombre que llegaba de allende el Atlántico, la humanidad toda quedó como embobada, creyó en todo... Creyó, nada menos que ya le llegaba un milenio de paz a la sociedad atormentada... Todos creyeron en el Presidente... todos menos —signo precisamente de los tiempos— sus propios “súbditos”. Mientras Europa caía delante de él en adoración, se promovía, en su propio feudo, en la poderosa República americana, una corriente de opinión contraria, casi furiosa, que había de derribarle primero y llevarle a la tumba después...

“Shakespeare no hubiera podido imaginar tragedia mayor que el fin de Woodrow Wilson...”, dice Maurois en su Historia de los Estados Unidos.

“Esperábamos la luz y he aquí las tinieblas...” Y las tinieblas volvieron, muy presto, ¡cuán presto se derrumbaba el tinglado de los hombres..!

La lucha entre los hijos de Sara y los de Agar

En el vecino Oriente... Cuando el Santo Padre Pío XI escribía las presentes líneas, se hallaba en su punto crítico una guerra misteriosa, último chispazo quizá de la llamada

“cuestión de Oriente”, que durante casi dos siglos ha constituido una de las entrañas de la Historia... la guerra grecoturca. Grecia, empujada tras cortina por Inglaterra hacia la plenitud de su reconstitución: Grecia, llegando hasta Constantinopla —la antigua imperial Bizancio—, y extendiéndose por las orillas de Asia Menor, vieja sede de las helénicas Esmirnas y Efesos; jónicos emporios del pasado. ¿Qué pretendía la astuta Albión, a la que el renovado aislacionismo norteamericano devolvía —por poco tiempo, ¡ay!— el cetro de las intrigas mundiales, con esta maniobra de gran estilo? ¿Hay que buscar, como razón única, el solo motivo de las apetencias comerciales del trio Lloyd George, Venizelos, Basil Zhahanoff, agentes de la Vickers, fábrica de armamentos? ¡Miseros motivos éstos para fenómenos de tal envergadura! ¿Se explica totalmente, incluso, por el deseo inglés de remachar la obra de Lawrence, con la disolución total del viejo poder otomano, favoreciendo los nuevos Estados árabes, y asegurando así para los buques del Almirantazgo las vías del gran oleoducto? Mezquino concepto de las tragedias de la Historia tendrá quien se satisfaga con razones tan simplistas. Más prudente será quien adivine en estas gigantes maquinaciones la resultante de los factores citados y de otros muchos que se pudieran recordar; y no sería visionario quien recurriese a un eterno designio: el de la humillación de Francia, que hubo de morder el polvo en estos tiempos en sus pretensiones a gran potencia petrolífera a través del fracaso de la gestión Franklin Buillon en los asuntos de Mossul. Al sectario objetivo de la desaparición, en el Próximo Oriente, de la única Potencia necesariamente protectora de los intereses católicos, aún a veces mal de su grado. Sea como sea, un Mustafá Kemal zanjó la cuestión, siquiera provisionalmente, y en sentido contrario a no pocos de aquellos designios... más la cuestión quedaba. Y la cuestión ha continuado hasta hace poco, hasta que con Dentz cayó el último baluarte oriental del tricolor francés, y, ahora, con la evacuación británica, queda la vieja tierra predestinada y misteriosa, pasto libre para la lucha entre los hijos de Sara y los de Agar...

“...Y allí mismo, en una región inmensa...” Cuando escribía el gran Pontífice estas certeras frases, Rusia se debatía aún en el tremendo parto... Denikin, Koltchak, Wrangel, uno tras otro, los ejércitos blancos, abandonados de Occidente, traicionados por aquella Inglaterra que parecía haber de ser la primera interesada en restaurar los viejos blancos zares, con el fin de evitar que surgiesen otros, rojos y mayormente imperialistas, se batían en retirada. Y la región inmensa era un caos “lleno de horrores y miserias”. Caos que ha dado al fin su fruto, el actual gran Monstruo...

“Esperábamos la paz, y este bien no vino..”

Admirablemente cuadran a nuestra edad aquellas palabras de los Profetas: “Esperamos la paz, y este bien no vino; el tiempo de la curación, y he aquí el terror (Jer. 8, 15); el tiempo de restaurarnos, y he aquí a todos turbados (Jr. 14, 19). Esperamos la luz, y he aquí las tinieblas...; y la justicia, y no viene; la salud, y se ha alejado de nosotros (Is. 59, 9, 11). Pues aunque hace tiempo en Europa se han depuesto las armas, sin embargo, sabéis cómo en el vecino Oriente se levantan peligros de nuevas guerras, y allí mismo, en una región inmensa...”

Pio XI. "Quas primas" (11 de diciembre de 1925)

La esperanza del Reino de Cristo

¡Qué felicidad podríamos gozar si los individuos, las familias y las sociedades se dejasen gobernar por Cristo!

Entonces, en realidad, usando las palabras que león XIII, nuestro predecesor, dirigía hace veinticinco años a todos los Obispos del orbe católico en su Encíclica Annum Sacrum, "por fin no será posible cicatrizar tantas heridas; entonces todo derecho reverdecerá con la esperanza de obtener su pristina autoridad, retornarán los ornatos de la paz, y los hombre dejarán caer las espadas y soltarán de sus manos las armas, cuando todos se someterán al imperio de Cristo y espontáneamente le obedecerán, y toda lengua confesará que Nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre".

Los felices años 20 del capitalismo mundial

Y mientras, allá, en la inmensa estepa que ocupa en extensión una tercera parte del globo, agonizaban los blancos cosacos de Wrangel y de Kiltchak, pretendiendo restaurar un orden ya imposible, en el viejo mundo liberal florecía — canto del ganso, ya que no del cisne— la última manifestación del capitalismo. 1920 a 1929 marca el apogeo de los grandes trusts. Es la época en que la lucha de la Standard y de la Shell, arrastrando consigo la rivalidad anglo-yanquee, se extiende hacia todos los campos petrolíferos, actuales y potenciales, del Globo. Deterding y Rockefeller. Revoluciones misteriosas en Venezuela, trastornos en Irak, agitaciones en Arabia... y, en fin, mártires auténticos en Méjico, donde la codicia del oro negro convergía con los programas de la secta. Es la época grande de los Bata, de los Kreuger. En España mismo sabemos de ello. Un Loewenstein se apodera de nuestras más vitales redes eléctricas, y cuando tras su derrota financiera se precipita desde lo alto del avión, la espuma de nuestros saltos de agua pasa al control de otro israelita, Daniel Heineman... Son los grandes tiempos de los Pierpont, Morgan, de los Ford, de las colosales concentraciones que en América reciben los nombres de la Dupont de Nemours y de la General Motors... Y ni Hitler ni Mussolini, con toda su inicial energía, pese a sus propios discursos, llegan a darse cuenta de la potencia inmensa de las serpientes del dinero, enroscadas en el Ruhr, en la cuenca del Po, en todos los centros industriales del mundo, tanto más en su propia casa...

Son grandes tiempos, hasta que en 1929 llegó el enorme "crac". La Bolsa neoyorquina quebraba... y la "debacle" financiera había de marcar el fin de toda una época... surgía desde entonces, con toda su pesadez, con toda su burocracia, con toda su esterilidad y en todas partes, un nuevo fantasma: la intervención del Estado, origen de nuevas calamidades, incluso origen de nuevas guerras.

Se firmó la paz, pero no en los corazones

Cuando este inmortal sucesor de Pedro subió al Solio, amargamente manifestaba: "Firmóse, sí, la paz solemnemente...", pero añadía: "mas no quedó grabada en los corazones..." Largos años de labor, clama, ne cesses, en pro de la Paz, cada día más lejana, eran eco de los silbidos del Buen Pastor, afanoso detrás de sus rebeldes ovejas... Más la voz del Papa ha quedado, vincadora, ante el Mundo todo y ante la Historia una vez más, de que éste, si se pierde, es siempre por culpa de sus propios pecados y de su misma contumacia. Como los fantasmas de antes citados Shakespeare, su propia responsabilidad se alza acusadora sobre sus inmensas ruinas, predichas por la voz intrépida del Papa Aquiles Ratti desde el siguiente día que siguió al acceso a la alta Cátedra en la memorable y profética Encíclica *Ubi Arcano*.

Luis Creus Vidal
(nº 108. Sept. 1948)

EL DESCUBRIMIENTO DE QUE DIOS TIENE CORAZÓN

Estas líneas que escribimos van dirigidas a nuestros hermanos, socios del Apostolado de la Oración, expresión la más perfecta de la Devoción al Corazón de Cristo.

Hablemos del Corazón de Jesús.

Sabemos perfectamente que es devoción que se basa en una revelación (por así decir) privada. El ciclo de la Revelación oficial quedó completo y acabado con el último Libro, el Apocalipsis, y con aquel grito (que antes hemos citado) que lo cierra: “¡Ven, oh Señor Jesús!” Apoc. 22, 20). Esencialmente, desde la muerte de Juan, el último Apóstol, la Revelación está completa. No hemos ya de repetirnos.

Pero ello no significa que la Providencia no tenga medios para que dicha Revelación sea cada vez mejor conocida y, en cierto modo, como desarrollada.

Tras algunos destellos que anunciaban venerables santos precursores en el medioevo, Jesús se aparece sucesivamente —la primera vez el día de San Juan Evangelista, 27 de diciembre de 1673— a Santa Margarita María de Alacoque en Paray-le-Monial, y se le manifiesta inefablemente con una claridad y expresión de amor mayores que nunca.

Devoción reservada a los últimos tiempos

Y esta Devoción al Corazón de Cristo vino a dar una total renovación de vida y de gracia a la Iglesia.

Fijémonos bien: nos confía Santa Margarita haberse quejado a San Juan de no haber sido, aún cuando esencialmente completo, tan explícito como hubiéramos deseado al manifestarnos, en su Evangelio, haberse reclinado sobre el Corazón del Salvador. Y haber recibido del Apóstol amado aquella respuesta, tan escalofriante como profundamente consoladora: “Esta Devoción estaba reservada para los últimos tiempos, cuando la Fe se oculte y sea necesario volver a encender el fuego de la caridad en el pueblo de Dios”. Para renovarnos con una graciosa inyección de vitalidad y gracias infinitas.

Y atended bien. Todas las luchas de la Iglesia, en estos tres últimos siglos, han venido animadas por el Símbolo del Corazón divino. ¡Qué renovación, qué ríos de gracia han alegrado la Ciudad Santa en medio de sus duras pruebas! La Fe, la Piedad, todas las virtudes, han venido reforzándose y manando de aquel Corazón divino, plenamente expuesto a nuestra veneración. La Revolución ¡cuánto insultaba y se reía “de la Alacoque”!. Baluarte contra el Jansenismo, la Enciclopedia, el Liberalismo, la Incredulidad, el Laicismo y, al fin, contra todos los tremendos movimientos políticos y sociales (hondamente antiteocráticos) que nos han venido abrumando. Coronados, al fin, por el Ateísmo en el intelecto y por el Comunismo en lo social. Por la actual gran Apostasía.

El descubrimiento de que Dios tiene corazón

Todos nosotros, socios fervientes del Apostolado, conocemos las grandes etapas abiertas pos Santa Margarita y por el P. la Colombière. Sucesivas aprobaciones, desarrollos... En el siglo XIX, obra de los PP. Gautrelet y Ramière, de santa

memoria, nace el Apostolado de la Oración. Es el instrumento designado por el Providentísimo amor para dar un cuerpo organizativo a nuestra Devoción. ¿No es, si reflexionamos bien, esta conjunción de todos ante el Corazón de Cristo, la mejor expresión de la Comunión de los Santos?

Entre tanto, el Apostolado de la Oración, aquel grano de mostaza lanzado por aquellos humildes pero esforzados Padres de santa memoria, se ha convertido en una asociación universal de la Iglesia, grande por excelencia.

¿Qué representa, en nuestros tremendos tiempos, nuestra Devoción?

Pues, sencillamente, que el Corazón de Jesús es el único capaz de sanar nuestros males, de salvarnos en estos momentos en que nos hundimos en el Abismo, ¡Hemos hallado un Corazón de hombre que se apiada de nosotros y puede salvarnos!

Pero hay más. Hay mucho más. Jesucristo es Dios. Segunda persona de la Santísima Trinidad, Dios Trino y Uno.

Por lo tanto, nuestra devoción aporta un segundo descubrimiento, mayor que el primero: ¡¡DIOS TIENE CORAZÓN!!

Y el día que la Humanidad descubra de una vez que Dios tiene Corazón, estará salvada.

¡Dios tiene Corazón; y Corazón de hombre, como el nuestro!
¿Cabe devoción más consoladora?

El Primer Mandamiento de la Ley de Dios es amarle sobre todas las cosas.

Más, para sentir esto, ¿no hay mucha dificultad?

Asistidos por la Gracia, y siguiendo los dictados de nuestra razón, tributamos a Dios este homenaje supremo. Decía Faber que si todos tubiésemos, simplemente, conciencia de lo que significa ser una criatura de Dios, todos seríamos santos.

Pero sentir esto es muy difícil. La razón impone y manda, pero no puede promovernos sentimientos, por así decir, sensibles del Invisible.

Y Dios hecho Hombre, nuestro adorable Jesús, lo vio y comprendió. Se acercó a nosotros, se hizo hombre, y con ello sabía que nos atraía. Si nos es difícil hacernos una idea de Dios, nos es, en cambio, inmensamente más fácil hacérsola de El cuando ha tomado carne. Amamos a un Dios que se ha dignado hacerse hombre como nosotros: le vemos, le oímos. ¡Cuánto nos es más fácil amarle! Y Dios, que quería esto, que quería nuestro amor, descendió a hacerse como nosotros para que le viésemos, le palpásemos, y pudiésemos amarle con amor humano.

Y osamos acercarnos a nuestro adorable Salvador, como hacían sus discípulos. En el Antiguo Testamento prorrumpían las almas fieles: “¡no nos atreveríamos a mirar a Dios, no fuese que muriéramos!” Ahora Dios, siendo el mismo Dios, deja, no sólo verse, sino que nos atrae, como hombre. Apacible, humilde, manso, ¿no es una aventura infinita haber descubierto que Dios tiene Corazón, y un Corazón de Hombre divino, por tanto, de infinita capacidad de comprensión y de misericordia?

Luis Creus Vidal

Fragmentos de “La idea-fuerza de Cristo Rey” (junio 1978)



OPORTET ILLUM REGNARE

En la biografía del Obispo Mártir Irurita, de L. Llorens, p. 296, me sorprendió leer cómo un ingeniero barcelonés: Don Luis Creus Vidal había intervenido como mediador con el Cónsul de Italia, para intentar poner a salvo al Obispo Irurita en 1936. En el libro del Padre Ricart se amplía la referencia. Ya en uno de sus primeros relatos de "Prehistoria de Cristiandad" había escrito cómo el Obispo desde su clandestino refugio agradecía "nuestra buena voluntad" y avalaba plenamente la obra del Padre Orlandis:

(...) "tuvimos ocasión de hablar, en circunstancias bien extraordinarias, de nuestra "SCHOLA" con el Pastor de nuestra Diócesis, con el Obispo Mártir, Doctor Irurita (en su refugio clandestino en casa del mártir Sr. Tort). En estas circunstancias hondamente dramáticas, recordaba con todo cariño nuestro grupo, y nos manifestó altísimamente la complacencia que le causaba nuestra buena voluntad. Y ratificó y avaló —si procede la palabra— la dirección que nos guiaba y a la que obedecíamos. Los momentos parecían dar especial solemnidad, como de testamento, a sus palabras (se refería al P. Orlandis): "Siganla — nos insistió— sin titubeos. Cuanto ella les mande y recomiende hacer, es el Obispo de Barcelona quien lo manda y recomienda."

Como homenaje a nuestro Obispo Mártir, cuyos restos reposan bajo el Cristo de Lepanto en la Catedral y en cuya lápida se lee: "Es necesario que Él reine", reproducimos el artículo: "Manuel Irurita Almandoz, Obispo".

¡HEMOS TENIDO GRANDES SIERVOS DE DIOS Figuras de santa memoria en Cataluña MANUEL IRURITA ALMANDOZ

OBISPO

EL PASTOR QUE DIO LA VIDA POR SUS OVEJAS

No era hijo de Cataluña. Mas fue Pastor de su "Cap i Casal", de Barcelona. Es, pues, totalmente nuestro. Y por nosotros, a imitación de su Divino Maestro, dio su vida.

Parece que en estos artículos deberíamos especializarnos mejor en dar a divulgar figuras quizá menos conocidas. Parece obvio. Sin embargo, nuestro corazón nos dicta dedicarle estas humildes líneas.

Hay una razón principalísima. Digámoslo dolorosa y tristemente. Existe hoy expresa o tácita, o al menos inconsciente, una



verdadera conspiración del silencio contra quien debería ser, en nuestro recuerdo, el más venerado pastor.

¿Quién habla, hoy, del Obispo Irurita? Casi diríamos, ¿quién se atreve? O, por lo menos, ¿quién no teme sea inoportuna su memoria?

Jamás. Ella debe perdurar siempre. "Oportune et impotune".

Sus venerados restos reposan en la Capilla del Santísimo de nuestra Catedral, antigua sala capitular donde se reunieron las Cortes de Aragón, y que preside el glorioso Santo Cristo de Lepanto, que desde allí vela por nuestra ciudad. La tumba está entre el Sagrario y la de San Olegario. La inscripción, en latín, reza así: "Es necesario que Él reine — Al sumo Dios Omnipotente — Aquí yace el Excelentísimo y Reverendo Doctor Don Manuel Irurita y Almandoz. nació el 13 de agosto de 1875. Promovido a la sede de Lérida el 20 de diciembre de 1926 y trasladado a la de Barcelona el 13 de marzo de 1930. — Por odio a la Fe fue asesinado el 3 de diciembre de 1936. — El buen Pastor dio su vida por sus ovejas. — Descanse en paz."

SU VIDA

Parece obvio el que digamos aquí que, pese al citado silencio en que, desde tanto tiempo, se tiene contra él, no es éste el lugar para repetir la historia del Obispo de más santa memoria de nuestros tiempos. La damos por sobradamente conocida.

Sus fechas biográficas son, todas ellas, un símbolo de una existencia toda propia de un Siervo de Dios. Si repasamos algunas de ellas aquí, será para resumir mejor su significación.

Nada mejor, para simplificar nuestra labor, que recurrir a la más piadosa, recta, mejor documentada y al mismo tiempo máximamente piadosa fuente.

Ojeando el documentadísimo y a la vez tiernísimo volumen, vemos su nacimiento, el 13 de agosto de 1875, y bautizó al mismo siguiente día —en aquellos felices tiempos no se demoraba neciamente, como ahora, la administración del Primer Sacramento—. Le vemos hijo de una cristianísima y numerosa familia (doce vástagos): dos hermanos sacerdotes (uno, capuchino). Su escenario: el pueblo navarro de Larrainzar, aldea recia y de abolengo entre aquellas de su comarca, crisol de defensores de la Fe.

Estudios en Lecároz, noviciado en el convento de los Capuchinos de Basurto. 1893, votos de profesión simple. Estudios de Filosofía en Fuenterrabía. El Señor le destinaba a volar muy alto: por ello le apartó —con gran sentimiento suyo— del claustro. 1892: seminarario de Pamplona. Un tiempo, creyéndose indigno del sacerdocio, emprendió la carrera del magisterio. Maestro también. Y ferviente músico, ornato del Orfeón Pamplonés, donde aún se recuerdan sus éxitos como barítono. ¡Y también distinguido deportista en el noble juego de la pelota vasca!

En 1898, opositando en la catedral de Pamplona como cantor, siente la llamada. Reemprende el camino del sacerdocio. Con iluminación sobrenatural, el capuchino Padre León de Imbulzqueta, le señala su definitiva vocación.

EL SACERDOCIO

Alternando beneficios como músico en Valencia y en Pamplona, prosigue sus estudios, dejando extraordinario recuerdo de su valer con las mayores calificaciones.

Fue, en fin ordenado sacerdote el 27 de julio de 1900. Su primera Misa la celebró en su pueblo, en Larrainzar. Obtuvo el doctorado en Sagrada Teología en 23 de septiembre de 1906 y, en 15 de junio de 1907, el de Filosofía.

Su vida sacerdotal —verdaderamente misional y en las esferas más populares— fue ejemplar. Su salud y fuerzas físicas le permitan una dedicación total. Un enorme sacrificio fue el abandonar la música y el canto sagrado, pese a que descollando en forma tan artística, sus amigos le aconsejaban no lo dejase. Pero él realizó este gran sacrificio en aras del estudio y del apostolado.

Durante 16 años fue profesor de Seminario: en las más variadas disciplinas, entre ellas la lengua griega, catedrático de Teología, etc.

En 1916 alcanzó la dignidad de Canónigo.

La región valenciana conserva aún el recuerdo del Canónigo Irurita: todo lo contrario de lo que habitualmente se llama “disfrutar de una canonjía”. Fue una verdadera resurrección —quizá una de las últimas— de aquellas viejas campañas de Misiones, también de santa memoria, hoy casi olvidadas. Y siempre fue, por encima de todo, Misionero de sus dos grandes amores: la Virgen Santísima y el Sagrado Corazón de Jesús. Muchos pueblos conservan, aún, señales indelebles de su paso: por ejemplo, Reatillo.

Pese a sus sinceros y extraordinarios esfuerzos para pasar

inapercibido, tanta virtud le denunciaba. En el Consistorio de 20 de diciembre de 1926, el Papa Pío XI —Papa “grande entre los grandes”, como tan bien le llamaba el Padre Cayuela— le preconizaba como Obispo de Lérida.

EL OBISPO

Su pontificado, de más de cuatro años, en Lérida fue modélico. Es imposible describir su portentosa actividad y su celo. No hay aquí sitio. Y fue gran protector de la Obra de los Ejercicios Parroquiales, así como de sus posteriores continuaciones, “Operarios”, etc. Lérida toda se transformó.

En marzo de 1930 en la “Acta Apostolicae Sedis” aparece su nombramiento como Obispo de Barcelona. Jamás había ambicionado una categoría tal. En su auténtica santidad se daba cuenta de lo que le esperaba; eran los años procelosos en que advino la desdichada II República. “¡Voy al patíbulo!”, contestó significativamente cuando se informó de su designación.

Pasando por Montserrat, llegó a Barcelona, donde se le tributó un recibimiento tal, que parecía, en efecto, que un santo instinto conmoviese a las gentes. El 25 de mayo de 1930 tomó posesión de la Catedral.

Veintinueve, entre nuevas Parroquias y Tenencias, creó en Barcelona. Nos es imposible extendernos, en este tan breve espacio de que disponemos, en describir una labor que está aún en la conciencia de muchos.... ¡bien entre los que peinamos canas! La Santa Misión de 1934 (mes de marzo) movilizó a más de 180 sacerdotes en 70 iglesias. Más de 300 tandas de Ejercicios en pleno retiro.

Nunca se adscribió a ninguna política, pero esta prudencia jamás le llevó a una inhibición ante el desencadenamiento sectario, infernal, que contra la Iglesia se desarrolló aquí, bajo su Pontificado. Recortamos de su santa y enérgica Pastoral, soldado de Cristo Rey; “Ante la Cruz de Cristo, Redentor del Mundo: ...Denunciamos, finalmente, la indiferencia y cobardía de tantos católicos entre los fragores de una lucha que no se puede eludir, así como aplaudimos y bendecimos a los valientes defensores de la Causa católica, a los pueblos que no consienten se les arrebate el Crucifijo y la Fe de sus hijos, a los que arriesgan heroicamente su hacienda y su libertad y su misma vida por el nombre de Aquel que por nuestro amor murió en un madero, dándonos cuanto tenía, toda la sangre de sus venas, todos los latidos de su Corazón...” Y es famosa su potente invocación en un Sermón de la Inmaculada. “Pactos con el enemigo, ¡no! ¡¡¡porque Dios y nosotros somos mayoría!!!” ¡Magnífico!

Gran Peregrino, es detalle olvidado que, habiendo estado en Lisieux y visitado a la Madre Inés de Jesús (hermana mayor de Santa Teresita), al expansionarse en su devoción y espiritualidad sobre la Maestra de la Infancia Espiritual ante el Papa Pío XI, éste le regaló —y era el propio Papa que la había declarado “Estrella de su Pontificado”— un relicario que le había sido preparado y regalado al Pontífice por la hermana de la Santa, Celina

. En Lourdes predijo —ante nuestro Padre Manuel M. Vergés, también de santa memoria— la tremenda tragedia que se abrió sobre España en 1936, tragedia que no le cogió, como hemos dicho, de sorpresa: no mucho antes, en el Seminario, había exclamado: “¡Qué dicha! A mí me gustaría que al Obispo de Barcelona le ataran una soga al cuello y lo

... "Humanamente hablando, no sentimos ninguna esperanza... Pero en el Tibidabo, un Templo reparador bajo la imagen del Corazón de Cristo —que nosotros queremos que reine— vela sobre nuestras miserias, y San Juan Bosco, Torras y Bages e Irurita, y tantos millares...., impetran en nuestro favor".

arrastraran por las calles...., pero no le caerá esta breva.”

SU MARTIRIO

Aun cuando existe la consigna, como tantas otras, de silenciarlo, aún no se ha olvidado tanta tragedia, sobre todo la del día 19 de julio de 1936 y horribles días que le siguieron.

Invitamos —pedimos perdón por la reiteración— al lector de nuevo a volver sobre el libro del Padre José Ricart Torrens, donde revivirá en la memoria de aquellas tremendas circunstancias.

Muy entero, el Obispo Irurita rehusaba, pese a los desmanes de la fiera, a ocultarse. Obligado a ello, por fin, y abandonado de todos —excepto de unos jóvenes valientes que se le presentaron en su Getsemaní—, un azar providencial le hizo hallarse, en plena calle, con don Antonio Tort, quien se empeñó en darle cobijo, a él y a su familiar don Marcos Goñi, en su domicilio.

Y aquí nos ocurre un comentario, hoy también olvidado. Nadie se acuerda de este hombre insigne, del señor Tort y sus familiares, que se jugaron la vida — y la perdieron— para acoger al Obispo de Barcelona en los momentos de máxima persecución. Que lo tuvieron atendido y oculto, varios meses, con los mayores cuidados, hasta ser apresado. En modo alguno pretendemos avanzarnos a lo que diga, a su tiempo, la Iglesia. Pero se nos antoja que si el señor Tort y su cristianísima familia no pueden ser considerados como admirables mártires, ¿quién podrá serlo?

Es realmente conmovedora toda la relación de la vida en su escondrijo el Obispo de Barcelona, en constante oración. ¡Cuánto bien nos habrá obtenido del Cielo!

Otro punto, que asimismo está bien explicado en el tantas veces citado libro. Es sabido que una de las condiciones de auténtico martirio, muy características, es cuando el cristiano se niega a una acción que pueda constituir o parecer apostasía.

Por caminos muy serios, aun cuando con la intervención de poderes fácticos —como hoy se dice— le fue ofrecida al Doctor Irurita la vida, la libertad y una evacuación tranquila. Bajo unas condiciones, incluso al parecer, no absolutamente de apostasía. Pero netamente de estampa de maquiavelismo satánico. Repetimos que el camino era seguro, e incluso hubiera podido quizá disfrazarse elegantemente. ¡Cuán poco conocían a nuestro santo Pastor quienes imaginaron cazarle solapadamente! El hecho es que en el Doctor Irurita se cumple una condición evidentemente de martirio. Renunciar a su salvación a precio, no ya de apostasía formal, sino de algo que lo hubiera parecido.

¿No es éste un auténtico argumento martirial?

Las circunstancias del apresamiento de nuestro Pastor y

de la santa familia que lo ocultaba, pueden ser igualmente gustadas. Un detalle conmovedor, digno de los primeros tiempos del Cristianismo: cuando entraron las milicias en su casa y comenzaron los brutales registros, el señor Tort se apresuró a sumir las Sagradas Formas del improvisado Sagrario, ayudándose por su hijito, muy menor. ¡Qué Primera Comunión: única!

Otros detalles del breve cautiverio y del martirio del Obispo y de los suyos, en la noche javierana del 3 al 4 de diciembre de 1936, ante las tapias del cementerio de Montcada, no tenemos lugar de comentarlos.

* * *

Vinieron luego mejores tiempos y, ante el fervor de su pueblo y multitud, sus sagrados restos, los días 10 y 11 de diciembre de 1943, fueron inhumados a los pies del Sagrario y de la Santa Imagen del Cristo de Lepanto, en nuestra Catedral basílica.

ANTE LA ACTUAL TRISTE BARCELONA

Han pasado nuevos tiempos y se han renovado, como otra vez, malos.

¡Pastor nuestro, Obispo nuestro, Manuel Irurita, ruega por nosotros!

“¡Cataluña será cristiana o no será!”, dijo profética y lapidariamente el grande Obispo Torras y Bages. Y, como que se empeña en no ser cristiana, *no es*.

Llevamos mucho tiempo, ya contable con siglos, que nuestra historia, la de Cataluña, es ingloriosa.

La admirable Oda a Barcelona de nuestro inmortal poeta Jacinto Verdaguer no se ve cumplida en sus luminosos vaticinios.

Parece más propia de nuestra triste Urbe —Barcelona no es gran ciudad, sino sólo Ciudad grande— aquella otra Oda, la de Maragall, pesimista y baja, que habla con trágico realismo del fango sangriento de nuestras calles. No. Nosotros, sus hijos, no nos podemos sentir orgullosos de ella.

Humanamente hablando, nos sentiríamos ninguna esperanza. Estamos desalentados ante nuestro perenne fracaso, ante nuestras bajezas.

Pero en el Tibidabo, un Templo reparador es nuestra acrópolis verdagueriana. Y la imagen del Corazón de Cristo —que nosotros queremos *que reine*, contra otros muchos que no lo quieren— vela sobre nuestras miserias. Y San Juan Bosco, y Torras y Bages, e Irurita, al frente de millares de almas puras que han amado, y aman a Cristo, impetran en nuestro favor.

Luis Creus Vidal (1981)

LA GRAN “BUTTERFLY”

Los pueblos de Oriente. El P. Orlandis decía que tras la desaparición del comunismo venía la época de los pueblos de Oriente. En muchos aspectos estamos ya en ellos: El Japón ha desplazado a los Estados Unidos como potencia económica mundial... Pero la gran tragedia de este Oriente que viene, es que no ha recibido la fe de Cristo, sino sólo la civilización del Occidente sin Dios. Luis Creus lo expresó en su artículo “La Gran Butterfly” en el que lúcidamente nos describe la amargura y la esperanza del Oriente, vistos desde la Teología de la Historia.

Nuevamente, entre las eternas melodías puccinianas — tan favoritas de nuestro público— que durante la pasada temporada invernal han vuelto a resonar en nuestro Gran Teatro, tuvimos ocasión de sentir otra vez la profunda tragedia de la dulce y diminuta “Butterfly”.

Giacomo Puccini en “Madame Butterfly”, con sus dulzanas melodías, canta el Oriente. Y canta el oriente sencillo, ingenuo, personificado en la frágil figurita de la japonesita prendada del europeo galante y superior; la niña que queda esperándole, a pesar de todo y contra todo. Que en su pobre mentalidad pagana no conoce la moral; que no sabe de su dignidad humana; pero que sí sabe de heroísmos y de sacrificios que la llevan al extremo de darse la muerte.

Triste es que Puccini escogiera, constantemente, para sus creaciones, argumentos contrarios a los mejores sentimientos religiosos o morales; pero no hay duda que, al popularizar su “Butterfly”, sin quizá proponérselo, quizá sin saberlo él mismo, da justificado motivo para profundizar en esta tragedia, y atribuirle, con toda verdad, un amplio simbolismo. La “Butterfly” resume la gran tragedia del Extremo Oriente. La “Butterfly” es algo vivo, es retrato auténtico de uno de los más tremendos y trascendentales hechos de la Historia. Hoy más vivida que nunca.

Todo el Oriente es una inmensa “Butterfly”. Esta raza amarilla esperaba, desde siglos, la Buena Nueva que la liberase de las tinieblas del paganismo. Raza y civilización admirables!!! La inmensa y refinada China, el Japón industrial, qué campos para la acción de la Iglesia!!! Qué no se podía esperar de la incorporación de este infinito mundo!!!

Al alborear nuevos tiempos, después de la paciente labor educativa de la Iglesia durante el Medioevo —que iba a ser truncada por la revolución humanística y la Reforma protestante—, surge el Occidente con bríos de expansión cristiana. Se trata de llevar la Fe de Cristo a los infieles. Este es el verdadero motor —que no el de un imperialismo conquistador— que mueve a España y a Portugal principalmente, y esta es, asimismo, su mayor gloria. Isabel de Castilla debiera figurar, en buen derecho, entre las grandes misioneras.

Y así, poco después de la epopeya colombina, vemos a Vasco de Gamma doblar el Cabo y llegar a las Indias, realizando por mar —mejor camino— el periplo de Marco Polo, y haciendo asequibles estos parajes al genio de Occidente. Siguen Almeida, Alburquerque, y, por rutas enteramente opuestas, después de rodear al Globo, Elcano sucesor de Magallanes, es quien lleva la buena nueva al Oriente expectante.

No. No fueron estos navegantes unos oficiales blancos, que no saben otra cosa que burlar la ingenua buena fe de una

pobre virgen pagana. Estos fueron los valientes que hicieron posible la apertura de caminos que llevaron a aquellas remotas playas mejores huéspedes. Ellos hicieron posibles las etapas de un Francisco Javier y de sus sucesores, que incluso humanamente —aparte de su sublime misión religiosa— tienen mucho de epopeya.

Llevaron la Buena Nueva al Oriente que esperaba. ¿No has sentido toda la profundidad de esta espectáculo, oh lector, en el inspiradísimo cuadro el fin del II acto de la ópera que motiva las presentes líneas? Es ya de noche. Dos faroles contrastan con la tenue claridad que llega del exterior, en la luminosa noche oriental. Y asisten así la vela de la “Butterfly”. Vela espectante, simbolizada por la inspirada melodía “de los abejorros”, una de las páginas más conocidas de la música moderna. Y la “Butterfly” espera, brazos en cruz.

Del mismo modo esperó, durante siglos, el Oriente. Y esperó la vuelta de mejores caballeros prometidos, mejores que el oficial blanco: el misionero, que llevase la Fe de Jesucristo. Su anhelo no era infundado, porque aquellos caballeros ya habían hecho su aparición. Las mismas persecuciones, cruentas, de los primeros tiempos en el Japón, tenían algo, a la vez que de ingenuo —pese a su crueldad— de prometededor. Demostraban la altísima impresión y trascendencia que en el oriente tenía la semilla de la palabra de Jesús, echada sobre aquella tierra virgen... Era, en definitiva, el problema que tiene hartamente resuelto la Iglesia: su terreno de lucha favorito. Sangre de mártires, semilla de cristianos.

Pero las rutas hispanas y portuguesas, al comenzar el siglo XVII, se vieron interceptadas por extraños piratas. Extraños piratas, y peligrosísimos, porque no se trataba de vulgares malayos sanguinarios, sino de blancos, refinados y quizás más sanguinarios también. Aquellas rutas de carabelas, que no dejaban de llevar, en cada viaje, al sacerdote misionero, se cerraban, para abrir paso a buques de los países del Norte de Europa, poderosos, emprendedores, refinados, pero materialistas y explotadores. Sus rubios tripulantes no ponían su esfuerzo ni su civilización al servicio de la Fe de Cristo, sino de las especies, como más tarde, lo han puesto al del caucho o del petróleo.. Y, así, quedaron aquellos caminos del mar cerrados para la Iglesia; aquellas nacientes cristiandades — que prometían tanto, que aún quedan vestigios de ellas— murieron “de hambre”, de hambre de la palabra y de la gracia de Dios que les fue negada, de hambre, de inanición por falta del misionero que no pudo llegar.

Tremenda responsabilidad ésta, para el Norte protestante. ¿Son los actuales tremendos acontecimientos que hemos vivido, el castigo de la Providencia hacia tal prevaricación?.

Como “Butterfly”, el Oriente entero quedó, tres siglos,

El Oriente habrá de aportar el mayor número de almas el día feliz en que no exista más que "un solo rebaño y un solo pastor".

esperando...

Como el susurro de los abejorros, llegó hasta la Cristianidad, impotente y destrozado, el suspiro de un inmenso Oriente que suspiraba por la Verdad. El mayor misterio, cuantitativamente hablando, de la Historia, es el Oriente, por cuanto es éste el que habrá de aportar mayor número de almas, miriadas y miriadas de ellas, el día feliz en que no exista más que "un solo rebaño y un solo pastor". "Butterfly", la virgen engañada, simboliza el misterio de la inútil espera oriental, de la decepción del Japón, con sus energías; de las ricas y abandonadas —explotadas codiciosamente— regiones de Insulindia, con sus poblaciones expresamente degeneradas por el europeo hereje y protervo; de aquella Indo-China, con su Hanoi, a donde voló espiritualmente una enferma monjita francesa en su afán de salvar las almas, afán sobrenatural de tal eficacia y verdad, que mereció ser igualado al de Javier por el gran Pontífice Pío XI, invocando a aquella dulce monjita nada menos que como Patrona Universal de las Misiones; de aquella inmensa China, el mayor hogar de almas del Universo, ante la cual lanzó su postrera mirada aquel gran Patrón al morir...

Hasta que aquel Oriente se cansó de esperar... Y se sintió "Butterfly". Más con una reacción hartó distinta.

De Maistre, el genial pensador, en una de sus veladas, en una arranque profético —de estos que lo sitúan al nivel de nuestro admirable Donoso Cortés— pondera: "Id a los pueblos paganos de Ultramar, y, antes de llevarles nuestra Fe, nuestra Religión, instruïdles en nuestros adelantos materiales. ¡Veréis el engendro monstruoso que produciréis!" Y esto De Maistre lo escribía en 1821: aún no se soñaba siquiera en la posibilidad de que pudieran existir grandes imperios a la moderna en las remotas regiones de Ultramar.

La trágica realidad vivida en Filipinas nos prueba cuán profética era la visión de De Maistre. El Japón abandonado a sus sanguinarias energías naturales, ha sido el fruto monstruoso: en cierta manera, el auténtico hijo de la "Butterfly".

Las consecuencias ya se han visto y se han gustado. El Oriente se ha "incorporado" a la civilización. Pero no ha sido a la civilización de Betania. Y los tanques y los aviones han sido su fruto natural.

Tsushima fue su primera revelación. El Occidente, previcador lo había querido. El Oriente se hacía su discípulo, pero no para seguir a Cristo: se hacía su discípulo auténtico,

imitándolo en todo, principalmente en el paganismo y materialismo de su vida, que se superponía al paganismo natural y mítico de la raza. Su primer gesto de imitación fue la creación de la escuadra de acorazados de Togo: más potentes que la europea de los rusos, que halló su sepulcro en aquellas aguas orientales.

Su segundo gesto... la trágica actualidad.

No tiene culpa ninguna España. En esto sí que tenemos derecho a proclamar la inocencia histórica de nuestra Patria. Ella no es responsable de la tragedia que ha ocurrido en Oriente. Estos mismos sanguinarios que han asesinado a sus hijos en Filipinas, estos tigres, estaban a punto de ser trocados en corderos bajo el signo de la Cruz, a la luz de la Buena Nueva que Javier y los suyos con tanta caridad como intrepidez llevaron. ¡Qué orgullo para España!. Ella abrió los caminos de Dios: otros fueron quien los cerraron.

Y estas Filipinas que han sufrido en su carne, tan al vivo, estas consecuencias, son, asimismo, el más legítimo orgullo para España. Ella les dio sus creencias, y su sangre, y su civilización. Hizo del tagalo un hombre digno, cuando a su alrededor subsistía y subsiste aún la jungla. Que importa que la hija se emancipase de la madre, al igual que lo hicieron veinte jóvenes naciones americanas: pudieron hacerlo precisamente por cuanto la madre, generosa, no les había regateado nada en su inmensa fecundidad, y se cumplió, en definitiva, la ley de la vida.

* * *

Más el resto del Oriente quedó en las tinieblas. Y aquellas generaciones, que suman, desde el siglo XVII, miriadas de almas, campo inmenso de mies sin segadores...

Solamente que, lo que los hombres han torcido, Dios puede, quizá por los caminos más paradójicos, rehacer, y para obtener fruto más copioso aún. Javier y Teresa del Niño Jesús en ello tienen su honor comprometido, y Dios no falta a sus promesas. A ambos aseguró su triunfo en este lejano y trascendental Oriente, y si allí la Humanidad ofrece sus mayores masas numéricas, es allí, forzosamente, que un día luminoso debe obtener la Iglesia el triunfo más esclarecido de su Historia.

Luis Creus Vidal (1945)

"Isabel de Castilla debiera figurar, en buen derecho, entre las grandes misioneras".

AL MEDIO SIGLO

1917, EN LA TEOLOGÍA DE LA HISTORIA

LXIII

Durante 10 años, de 1967 a 1977, y con la perspectiva de medio siglo, publicó Luis Creus una serie de 63 artículos sobre Teología de la Historia, centrados en el año 1917, año para él el más crucial y misterioso de la Historia en los últimos siglos. Reproducimos unos fragmentos del artículo final de la serie en el que, a modo de conclusión, retomando el hilo de las enseñanzas del Padre Orlandis, comentando a Ramière y a Donoso, pone toda nuestra confianza en María Auxilio de los cristianos, quien precisamente en Fátima y en 1917 nos anunció que “al fin, mi Corazón Inmaculado triunfará”.

CONCLUSION

Hace exactamente diez años. En el número de CRISTIANDAD 432, de febrero de 1967, comenzábamos una serie de artículos.

“Al medio siglo. — 1917, en la Teología de la Historia”.

“Las Esperanzas de la Iglesia”

Humildemente, durante estos 63 artículos y diez años, hemos intentado contemplar aquella Teología, y comentarla, desde su cúspide punta de 1917.

Como discípulos de SCHOLA CORDIS JESU, madre de CRISTIANDAD, lo somos, desde lo más hondo de nuestro corazón, del Fundador, el Padre Orlandis, y recordábamos aquel día “el más grande entre todos los que pasamos rodeado a nuestro Padre. Un momento en que, como inspirado, nos dio a conocer unas líneas (...) que sonaron en aquel cenáculo de jóvenes con el estampido del cañón del trueno. Eran los párrafos finales de “La Soberanía Social de Jesucristo” y de las “Esperanzas de la Iglesia” del Padre Ramière: Nos leía...”

“(...) Merced a los descubrimientos de la ciencia moderna, en la persuasión de que así los sabios modernos, como los navegantes del Renacimiento y los conquistadores romanos, fueron y son los instrumentos de que se sirve la Providencia para preparar la grande obra a cuyo éxito Dios subordina todos los acontecimientos humanos: el triunfo de la Iglesia.”

“De Maistre no conocía ni las maravillas del vapor, ni las de la electricidad” (...), pero, decía a su interlocutor de San Petersburgo (...): podréis formaros una idea de lo que se prepara. El hombre, en su ignorancia, engañase muchas veces (...) las unas, quiere hendir una encina con un cuchillo, otras, lanza una bomba para quebrar una caña; pero la Providencia va recta a su fin, y no en vano agita al mundo, (...) Nos hallamos dolorosa pero muy justamente pulverizados; mas si unos ojos tan miserables como los míos son dignos de entrever los secretos divinos, creo que esta pulverización tiene por objeto facilitar la aleación”.

“Este modo de ver tan animoso, ¿es en realidad opuesto al de Donoso Cortés? No. (...) Empleando una de sus expresiones ve, como el publicista español, a la Providencia ocupada en borrar la página que la razón humana, sublevada contra la Fe, se ha ocupado de escribir por espacio de tres

siglos: pero la ve al propio tiempo dispuesta a escribir sus propias obras en estas páginas anulada. En estos gérmenes de vida que la mano de Dios arroja con tanta prodigalidad en el seno del caos, reconoce el gran filósofo las prendas de la óptima cosecha que se prepara, y al vislumbrar al Espíritu creador que se cierne, como en los primeros tiempos, sobre las turbias aguas, repite con la Iglesia estas consoladoras palabras del Salmista: “Enviaréis a vuestro Espíritu y se hará una nueva creación y renovaréis la faz de la tierra”.

Y decíamos: Y estas líneas condensan toda la Teología de la Historia.

Total pesimismo humano. Total optimismo divino

Humanamente hablando, el lector que nos ha seguido advertirá, y lo debemos confesar, que somos en forma total humanamente, pesimistas. El panorama general, y el estudio profundo de nuestra época no nos permite más.

Nadie puede detener la Humanidad en el camino del desastre. Seamos francos. Y esta misma afirmación era la de nuestro Padre Orlandis.

Ya sabemos que a él —y, con mayor razón, a sus discípulos— se nos calificó de pesimistas siempre. Y lo somos. Todo cuanto hemos escrito durante estos 10 años conduce a esta fatal conclusión. Ojalá nos equivoquemos.

Pero no seamos ingenuos. La pendiente abajo, desde 1917, es irreversible y su inclinación nos arrastra a velocidades con aumento, ya no aritmético como antaño, sino geométrico.

Digámoslo de una vez. Satanás, el Príncipe de este Mundo, está venciendo en toda línea. Nos lleva una ventaja humanamente insuperable.

¿Cómo vencer a Satanás, hoy triunfante y arrollador?

Jesús, en una ocasión mandó a sus Apóstoles y discípulos en Misión —fue la primera Misión de la Historia— a enseñar, curar y arrojar a los demonios.

Pero volvieron derrotados. El primer desastre público — que no había de ser el único, sino que se ha perpetuado, por permisión divina, tantas veces— en su tarea. Señor —¡le dijeron— no hemos podido con estos demonios!

Y era verdad. Aun cuando parezca imposible, fracasaron todos sus exorcismos.

Mas Jesús les aclaró lo que parecía desconcertante. Y nos enseñó. Y veinte siglos después, nos lo sigue proclamando. Como lo sigue haciendo (si escuchamos su voz) ahora, en que seguimos sin poder con Satanás, que nos vence sin remedio, y con victoria hartamente visible.

Jesús les dijo —y nos enseñó— que aquellos demonios, sin duda muy altos en su relación con su Príncipe de las Tinieblas, no se arrojaban con solo exorcismos. Solamente una oración, y una penitencia muy especiales podían contra ellos.

Oración nueva y misteriosa

¿Cuál será esta oración? es la humildad, y el camino, paradójicamente formidable y sublime, de la sencilla infancia espiritual que nos enseñara Santa Teresa del Niño Jesús. Mas, ante el espectáculo de hoy, siguiendo su Escuela —aguzándola, osaríamos decir— malenfocándola de un modo que las circunstancias obligan a calificar de nuevo.

La “locura de la Cruz”

Ante el espectáculo de Satanás, Príncipe de este mundo, venciendo, en toda línea, a nuestro Capitán, Cristo-Rey, no queda otro remedio que el que Este nos señala, y señaló a sus apóstoles cuando regresaron derrotados: una Oración especial (precisamente la misma de nuestro Apostolado de la Oración!), último aldabonazo a la Providencia para que intervenga de una vez, y que estalle la Victoria, sobre la Historia y sobre el Cosmos entero, de Jesucristo, proclamado, definitivamente, Rey. Por sus propios merecimientos.

Que este ideal de la Realeza de Cristo, es lo mismo, es la consecuencia natural de cuanto se nos iluminó desde que se revelaron los inefables misterios de la Devoción al Corazón de Jesús.

Es para este ideal que debemos luchar “a la disperata”. Desesperadamente “contra toda esperanza”, hasta que provoque la ansiada intervención de la Providencia. Y, en fin, su para nosotros tan ansiado; el divino ¡Basta!

Tras 1917 viene ya, feliz augurio, el 1925-1927, con la proclamación gloriosa y providente del grande Pío XI: la señal de que Cristo es Rey. La Idea-Fuerza, única que nos puede levantar, hoy por tantos olvidada: la Idea-Fuerza de Cristo-Rey.

Invocación final María “Auxilium Christianorum” y más fuerte que un ejército

Cerramos, definitivamente, nuestra labor, y, al hacerlo, debe ser bajo la advocación de nuestra Madre María, Madre de Dios.

Comenzamos, precisamente, esta serie de artículos invocándola. Nuestro primer apartado se titulaba “El Mensaje de María”. Iniciábamos nuestro estudio, culminación de trascendental 1917, colocándolo precisamente bajo el signo—en aquel mismo año—, de Fátima. La más alta y última llamada de María.

Hemos hallado nuestro ideal, nuestra salvación, nuestro todo, en la Idea-Fuerza de Cristo-Rey.

Pero, ¿quién puede conseguir el fruto de esta Idea-Fuerza, más que su Madre, “Auxilium Christianorum”, poderosa “como

ejército en orden de batalla”?

Ella, “quebrantará tu cabeza” (Gén. 3-15). Con esta profecía, en el Génesis, comienza, literalmente, la Teología de la Historia, que se cierra, con la Escritura toda, en aquel grito final del Apocalipsis: “¡Ven Señor Jesús!” (Apoc. 22-20).

Dentro del espíritu del Padre Orlandis, debemos al que fue su sucesor en “Schola Cordis Jesu”, sencillo, breve en su presencia entre nosotros, quizá poco recordado, el R. P. Segura, S.J., el habernos hecho gustar especialmente de las enseñanzas de los dos grandes Marianos: San Bernardo y el B. Grignon de Montfort.

Es por ellos que hemos aprendido la más dulce e inefable de las verdades.

Dios Padre ha creado el Paraíso para sus escogidos, pero no para su Hijo, que no podía, en su plenitud de su Divinidad, necesitar de él.

Pero Dios sí que creó para su Hijo su Obra Maestra. Una Madre. Quiso que su Hijo gustase, hecho niño, tierno, pequeño, frágil, de las delicias sin límites del regazo de la mejor de las madres.

¿Qué fuerza, por tanto, no debe tener aquella Madre que “lo envolvió en pañales y recostó en un pesebre” (Luc. 2-7), dando un Paraíso de ternuras al mismo Dios, que parecía necesitado de ellas, en tanto que “guardaba siempre estas cosas en su corazón (Luc.2-52)?

En las adversidades, en las tribulaciones —tanto más en nuestros procelosos y tenebrosos tiempos—, hemos de oír: “Respice Stellam”. ¡“Mira la Estrella”! Como los navegantes buscan ansiosos, en las tinieblas que anteceden al alba, la “Stella matutina”, signo de camino, de vida y de salud!

Ella. Es Ella quien nos debe despertar y atraer hacia esta mística, esta dedicación, esta locura sin límites fascinados por la Idea-Fuerza de Cristo-Rey. También Teresa del Niño Jesús exclamaba: “Je veux être fascinée!”

Y pongamos fina nuestra labor, acogiéndonos a la bendición sublime, a la invocación, también final, de Pío XII en su inmortal “Haurietis Aquas” que tanto hemos gustado, tras mancomunar, confirmada para siempre la identidad de la Devoción y del amor hacia el Corazón Sagrado con la Idea-Fuerza de Cristo-Rey:

“A fin de que la devoción al Corazón augustísimo de Jesús produzca más copiosos frutos en la familia cristiana y aun en toda la Humanidad, procuren los fieles unir a ella estrechamente la Devoción al Corazón Inmaculado de la Madre de Dios. Ha sido voluntad de Dios que en la obra de Redención humana, la Santísima Virgen María estuviese inseparable unida con Jesucristo; tanto que nuestra salvación es fruto de la caridad de Jesucristo y de sus padecimientos, a los cuales fueron asociados íntimamente el amor y los dolores de su Madre. Por eso conviene que el pueblo cristiano, que de Jesucristo por medio de María ha recibido la vida divina, después de haber dado al Sagrado Corazón de Jesús el debido culto, rinda también al amantísimo Corazón de su Madre celestial los correspondientes obsequios de piedad, de amor, de agradecimiento y de reparación. En armonía con este sapientísimo y suavísimo designio de la Divina Providencia, Nos mismo, con acto solemne dedicamos y consagramos la Santa Iglesia y el mundo entero al Corazón Inmaculado de la Santísima Virgen María.”

Luis Creus Vidal (1977)

En el Sagrado Corazón de Jesús

LA IDEA FUERZA DE CRISTO REY

LUIS CREUS-VIDAL

La idea-fuerza de Cristo Rey



La Idea-Fuerza de Cristo Rey es conocida y gustada por nuestros socios; no es menester relatar su admirable y confortadora historia.

La Gran Guerra Mundial I había cambiado la faz del mundo. Habían desaparecido los tres grandes imperios, pero acababa de nacer el imperio soviético, expresión del Comunismo y concreción de la nueva sociedad

sin Dios. Con motivo de la paz de Versalles, habían triunfado (o, por lo menos, se habían ya abierto camino irreversible) todas las ideas mundiales de subversión.

Por lo menos, ya era, de momento, EL TRIUNFO DEL LAICISMO.

Ya hemos visto todo cuanto ha venido después.

Pues bien: en 1922 la Providencia deparaba a su Iglesia el Pontífice grande entre los grandes Papas modernos: el formidable Pío XI. El Papa, espiritualmente hablando, del sobrenaturalismo.

Y este gran Papa se enfrentó contra toda la corriente laicista —en el fondo, ya atea— de su tiempo, con la más alta gallardía.

Llegaba la inundación de que hemos hablado. Pero él la detuvo.

Se atrevió a clavar el estandarte, la bandera de Cristo Rey.

Cuando la sociedad ignoraba, mejor dicho, negaba a Cristo, audaz y valiente levantó la enseña salvadora. Y ante ella el alud se detuvo en sus dos Encíclicas: “Ubi Arcano” y “Quas primas” cuando proclamó la solución: reintegrar los derechos divinos a Cristo.

La segunda Encíclica —tan conocida y gustada por todos nosotros— es la verdadera “Carta Magna”. Es la fuente de donde brota esta Idea-Fuerza que debe salvar nuestra sociedad. ¡La Idea-Fuerza de Cristo Rey!

Y, cosa admirable, esta gran reivindicación de los Derechos reales de Cristo, incluso temporales, plenamente temporales es preciso decir, la mancomuna y hace, como una sola cosa, con este otro Objeto Divino e Inefable: el Corazón de Cristo. Y, al establecer la Fiesta trascendental de Cristo Rey, la constituye íntimamente unida a la devoción al Corazón de

Jesús. En lo sucesivo, ambas Fiestas convergerán, por así decir, en una. Y nosotros, los socios del Apostolado, recibimos la honrosísima misión de ser los celadores, los encargados, los adelantados de la grande y nueva manifestación moderna de esta gran Idea-Fuerza: la de Cristo Rey.

El Papa explica los profundos motivos que le mueven: la fuente de todos los males ha sido la de sustituir la soberanía de Cristo por la del hombre. Reconoce lo arduo de su empresa —la reivindicación de los derechos de Jesucristo es, en definitiva, la salvación del mundo— y sabe que sólo El puede sacarle a flote en ella. Prometió el Corazón de Cristo **que reinaria a pesar de sus enemigos** y le ruega su Vicario y manda orar a toda su Iglesia para que apesure este momento tan glorioso para El como provechoso para todo el mundo.

En términos de santa y dramática reivindicación, casi al fin de la Encíclica, como su broche, proclama: “y la misma solemnidad de la fiesta, anualmente renovada, advertirá a las naciones el deber que tienen los particulares, magistrados y gobernantes, de venerar públicamente a Cristo y de obedecerle; y a éstos sugerirá el recuerdo del último juicio, en el que Cristo, no sólo arrojado del Estado sino también mirado con desprecio, con indiferencia o ignorado, vengará rigurosísimamente tan grandes injurias, exigiendo, como lo requiere su realeza, que el Estado entero se conforme con los divinos mandatos y principios cristianos, ya en la Legislación, ya en los juicios, ya también en la escuela”. Consigna de la Encíclica: en adelante, será la del cántico de los mártires en el Anfiteatro: “Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera”.

Porque no nos contentamos con que sólo reine. Parecería lo del rey “que reina, pero no gobierna”. No. Cristo **debe gobernar**. Y es la proclamación, enarbolémoslo fieramente, con palabras que nos lo hagan bien inteligible: ¡CRISTO IMPERA!

Por tanto, es absurdo buscar la Paz en sí misma. Incluso creemos que es perder el tiempo reivindicando y proclamando la Paz.

Porque ésta no llegará nunca por sí misma, sino como resultado del establecimiento del Reino de Cristo. Sólo cuando “venga a nosotros tu Reino”, nos hallaremos, y sin saber cómo, en Paz. No al contrario.

En definitiva, como todo, y tratándose del mayor de todos los bienes, la Paz es una **añadidura**.

“Buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura” (Luc. 12-31).

¿Qué es lo que queremos? ¿Una paz aburguesada? ¿Una paz que nos deje gozar de nuestros groseros apetitos terrenales, sin el previo temor de Dios?

Y, sobre todo, una paz en una sociedad laica, que niega los derechos divinos de Cristo, de su Realeza, de su derecho a reinar absolutamente sobre nosotros... Una paz que nos trajese, por un imposible, un bienestar material, pancista, quizá dentro de la misma impunidad del pecado...

¡Esta Paz no la queremos!

"La esperanza del Reino de Cristo. ¡Qué felicidad podríamos gozar si los individuos, las familias y las sociedades se dejasen gobernar por Cristo!

Entonces, en realidad, usando las palabras de León XIII, nuestro predecesor, dirigía hace veinticinco años a todos los Obispos del orbe católico en su Encíclica Annum Sacrum, «por fin nos será posible cicatrizar tantas heridas; entonces todo derecho reverdecerá con la esperanza de obtener su pristina autoridad, retornarán los ornatos de la paz, y los hombres dejarán caer las espadas y soltarán de sus manos las armas, cuando todos se someterán al imperio de Cristo y espontáneamente le obedecerán, y toda lengua confesará que Nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.»

¡A costa del deshonor y de la ofensa a nuestro idolatrado divino Rey, no queremos la Paz! ¡Nos daría asco!

Si es preciso, tenemos siempre un refugio: ¡volver a las Catacumbas!

¡Amamos infinitamente más a Cristo que a la Paz!

¡Pedimos siempre la paz, pero no atinamos en pedir el Reino de Cristo, que es el bien superior a todos!

Y he aquí el grande, el grosero error en que incurrimos.

Pedimos la Paz, pero no pedimos el Reino de Cristo.

Y no alcanzamos ni lo uno ni lo otro. Suspiramos, en nuestro egoísmo, por lo primero, que, sin lo segundo, jamás alcanzaremos.

Por esto mismo, nosotros, los que deseamos ser **fieles** — ¿no es el problema de hoy, el de nuestras almas, el de una **fidelidad** a Cristo, que debe ser a machamartillo?—, mancomunamos la Idea-Fuerza del Reino de Cristo a la Paz. Y que esta Idea-Fuerza debe ser la salvación del mundo.

Pero a condición de que nuestro objetivo no sea la misma Paz. Sino el Reinado de Cristo. ¿Queda bien claro? Lo demás se nos dará por añadidura.

Proclamando y repitiendo una vez más que despreciaríamos y jamás buscaríamos una paz que fuese obtenida en menoscabo de los divinos derechos que sobre nosotros tiene, personal y socialmente, CRISTO REY.

Ahora bien: los amadores del Sagrado Corazón, de la Persona de Cristo, especialísimamente, le proclamamos como Rey. Y entendámonos bien. El amor auténtico de los hijos no tiene límite. Le queremos, ante todo, Rey eterno, pero también lo queremos reconocer Rey temporal. Rey de la Sociedad. Y, en todos aspectos, Rey total y absoluto como urge la dignidad suya y nuestro amor a El.

Es, en su totalidad, este reconocimiento, que se ha hecho

patente desde 1925 con la proclamación, con el movimiento iniciado por Pío XI, la **IDÉA-FUERZA DE CRISTO REY**.

Cristo es Rey, y debe serlo plenamente

Queremos que reine, porque le amamos. Y en nuestros corazones, en nuestras mentes. Y, necesariamente, que la sociedad humana y sus leyes le tributen el homenaje de fidelidad y de obediencia y proclamen que es Rey de reyes y Señor de los que dominan.

Y fijémonos que Cristo jamás abdicó su realeza. Permitió los mayores sufrimientos, los más terribles escarnios contra su figura. Pero jamás repitamos, abdicó. Le contestó a Pilato: "Sí, soy Rey".

¡Cuántas veces hemos meditado todo esto, así como nuestra cobardía, cuando hoy el Laicismo y la desacralización discuten u olvidan, cuando no niegan, sus divinos derechos!, cuando se trata de Cristo y de su Reinado, todo es regateo.

Al igual que se hace con un Rey constitucional (que reina, pero que no gobierna; que es, en realidad, un monigote), todo es como escrúpulo, papeleo, límites, reglas, diríamos, "legales" y hasta canónicos.

Hasta determinado punto se acepta la realeza y la jurisdicción de Cristo, pero un poco más allá no se le acepta. Los soldados dicen a su Jefe, los hijos a su padre: "Tú mandas aquí, bien, pero sólo hasta aquí. Hasta tal punto, tal coma y tal número de tal artículo constitucional".

Como si el amor (y la filiación) no fuesen algo necesaria y absolutamente total. Le queremos a El, y como Rey absoluto, por la sencilla razón de que le amamos absolutamente, sin puntos ni comas ni balanzas. Y tal como le amamos lo proclamamos Rey desde ahora mismo.

(Fragmentos del artículo publicado en junio 1978)

"Esperábamos la paz y este bien no vino..." Admirablemente cuadran a nuestra edad aquellas palabras de los Profetas: "Esperamos la paz, y este bien no vino; el tiempo de la curación, y he aquí el terror (Jer. 8, 15); el tiempo de restaurarnos, y he aquí a todos turbados (Jer. 14, 19). Esperamos la luz, y he aquí las tinieblas...; y la justicia, y no viene; la salud, y se ha alejado de nosotros (Is. 59, 9, 11). Pues aunque hace tiempo en Europa se han depuesto las armas, sin embargo, sabéis cómo en el vecino Oriente se levantan peligros de nuevas guerras, y allí mismo, en una región inmensa..."

EL PUEBLO JUDIO DESDE SU DISPERSION

Luis Creus Vidal

Luis Creus iniciaba en 1964 su larga serie de artículos sobre el pueblo de Israel con estas palabras a modo de presentación:

Tema preferente de la atención de CRISTIANDAD, y de su predilecto objetivo, la Teología de la Historia, ha sido todo cuanto se relaciona con el Pueblo Judío. Pueblo que un día fue Elegido y predilecto de Dios y sobre el que hemos escuchado las enseñanzas de nuestros maestros —Ramière y Orlandis— principalmente.

Hoy existe, sin duda, una gran desorientación sobre este Problema —uno de los mayores, si no el más grande de todos y de la total Historia de la Humanidad—.

Israel fue desechado. Los hijos de Abraham arrojados a las tinieblas exteriores, y, en su lugar, la Gentilidad fue llamada a ocupar los sitios vacíos en la Mesa de los escogidos.

Mas siempre todos, los Profetas, el gran Vidente de Patmos en su Apocalipsis, y San Pablo, el más claro y rotundo de todos, nos advierten que esta reprobación no será permanente. Y que, si ella resultó, en definitiva, fuente de salud para las Gentes, con mayor razón lo será, en su día, la restauración del Pueblo elegido, el retorno de Israel a la casa paterna.

La Sinagoga, e Israel, desde hace casi veinte siglos, constituyen el enemigo del nombre cristiano y de la Iglesia: de su clandestinidad han brotado muchas de las persecuciones (no todas) por ella sufridas. Pero también es cierto que, aun y enemigos nuestros, en Israel y en la Sinagoga se mantiene, misteriosamente, un semen que algún día debe volver a ser fecundo. Y más aún: otra vez predilecto de Dios. Siquiera sea, como dice el Apóstol, por amor a los Padres, a Abraham, a Isaac, a Jacob, y por el hecho inefable de haber nacido de su estirpe la Augusta Mujer, la Virgen María, la única Hija de Sión, y el Hijo de Dios, quien encarnándose, en el Seno de su Madre bendita, dentro de Judá. La Segunda Persona de la Trinidad Santísima, se ha dignado tener una Patria terrena, y, por tanto, una familia y unos compatriotas.

Con este espíritu, pues, vayamos adelante.

Ya en 1946, en el número 57, en vísperas de la creación del Estado de Israel, publicaba Luis Creus "Tel-Aviv, flor de primavera", cuyas reflexiones históricas y teológicas a los 45 años de ser escritas, parecen más actuales que entonces, e imprescindibles para comprender la actual fase de la misteriosa y milenaria lucha entre los descendientes de Abraham: entre los hijos de Sara y de Agar.

En los números de diciembre de 1966 y enero de 1967 (430 y 431) concluye su serie, tres meses antes de que el pueblo judío recuperase la Jerusalén histórica, y con ella su definitiva capital. En el primero analiza la impresionante Declaración de 14 de mayo de 1948 por la que se crea el Estado de Israel. Comentando las palabras de San Pablo —oídas, sin duda explicar al Padre Orlandis—, termina con un canto de esperanza a la prometida conversión de Israel, con la que comenzará la plenitud del reinado de Cristo en la tierra.

TEL-AVIV, FLOR DE PRIMAVERA

Sobre las dunas que avecina Jaffa, nace una nueva ciudad: Tel-Aviv, cuyo nombre entraña reminiscencias bíblicas: Flor de Primavera.

Pero Tel-Aviv no es flor de verdadera primavera, sino amargo símbolo del esfuerzo estéril del que fue pueblo escogido cuando quiere reflorar, otra vez, lejos de su Dios, rechazando, impenitente, la Realeza de su Hijo, que es propiamente Rey de los Judíos.

Tel-Aviv, flor de Primavera, es archivo de todo cuanto ha empleado el judío corruptor para corromper al mundo cristiano, y para corromperse a sí mismo. La cultura israelita ha creado universidades, artes, letras, un verdadero mundo intelectual. Mas al propio tiempo, ha exaltado, otra vez, en el

viejo solar prometido, la perversión de las costumbres en que prevaricaron sus antepasados.

1917: DECLARACION BALFOUR

En el reloj de la Historia sonaba para la vieja Tierra Prometida, una nueva situación política. Por primera vez desde el año 135, en que Julio Severo aplastó la última explosión de la nación judía en los días trágicos de Bar Kocheba, coronando definitivamente la destrucción anterior de Tito en el 70, quedaba reconocida alguna forma de conexión política entre el pueblo judío y la tierra de sus padres. Los quince millones de judíos de la Diáspora, creyeron, quizá, que una nueva aurora se levantaba para ellos.

Pero esta aurora era falsa, y ni siquiera preludio de aquella que señala el Profeta cuando prorrumpe: "¡Y a tu luz caminarán las gentes, y los reyes al resplandor de tu nacimiento!" (Is. LX, 3). Aurora de blasfemia, no podía sino ser anuncio de tinieblas aún más cerradas y más oscuras.

Porque Israel iba a encontrar un obstáculo casi inesperado. Dueño, por su laboriosa astucia, de los resortes de un mundo que fue cristiano, iba a encontrar una barrera en los propios parientes de su raza, de la que nunca fue cristiana.

Ismael, el hijo de la esclava, iba a vengarse, milenios después, del hijo de la libre. Los hijos de la sirvienta iban a cerrar el paso a los hijos auténticos del Patriarca, hijos auténticos, pero apóstatas de su vocación y de su Dios.

El mundo musulmán que se extiende desde el Atlas hasta los confines de la Insulindia: El mundo de Mahoma, el pálido jinete que el libro del Apocalipsis parece representar, iba a oponer la inercia, el peso enorme de su masa, a las reivindicaciones israelitas.

ISRAEL E ISMAEL

Estamos viviendo, por tanto, el momento álgido episódico de la lucha del hijo de la esclava contra el de la libre. Los descendientes de Agar se vengan de los de Sara, a quienes justamente ha abandonado su Dios.

¡Espectáculo admirable! De una parte, Israel. Es el peso de estas cosas tan grandes, que hoy denominamos finanza, industria, banca... Los hijos de Israel, conspicuos, son los grandes ingenieros, los activos hombres de negocios. Se llaman, o se han llamado, los Ratheneau, los Rotschild, los Rosenwald, los Wertheims, los Coen, tantos otros... Henri Ford, en su libro, los clasifica: son los mayores y más grandes nombres de América! Ellos controlan, con su inteligencia, el moderno mundo del automóvil, del petróleo, del acero, de la electricidad, de todo lo que es vida económica y producción. ¿Qué no han de poder estos hombres?

De otra parte, es el Islam. Es viejo y caduco Islam. Son estos príncipes del Oriente Medio y del Africa. (...)

Israel e Ismael luchan. Desde su enorme factoría de automóviles, o de nitratos sintéticos, el judío, el gran industrial, pesa cerca de los Gobiernos de Washington o de Londres, influye incansablemente en pro de sus hermanos del lejano y aún pobre Tel-Aviv. Más, de otro lado, los jinetes del desierto, nómadas fanáticos, montan la guardia, al conjuro de los príncipes y de los rajás, que no cuentan con la técnica ni con la economía, ni, en definitiva, con tanto oro, mas sí con más hombres.

Es una lucha extraña, paradójicamente, porque los campos son heterogéneos. Más, sin duda ninguna, en ella se cifra uno de los mayores arcanos que, celosa, guarda la esfinge de la Historia.

(1946)

LA PROCLAMACION DEL ESTADO DE ISRAEL

El 14 de mayo de 1948, en la Sala del Museo de Tel-Aviv, David Ben Gurion, como Primer Ministro del Gobierno Provisional, expresó así:

“La Tierra de Israel ha sido la cuna del Pueblo judío. Allí se formó su personalidad espiritual, religiosa y nacional. Allí realizó su independencia, creó una cultura de ámbito nacional y universal, y allí escribió la Biblia para darla al mundo entero.

“Exiliado de Palestina, el pueblo judío permaneció fiel en todos los países de su dispersión no cesando nunca de esperar ni de rezar para su retorno y restauración de su libertad nacional.

“Movidos por estos factores históricos, los Judíos, durante siglos, se esforzaron para regresar al país de sus antepasados y reformar su Estado. Durante el curso de estas últimas décadas, volvieron en masa. Fertilizaron un desierto, hicieron revivir su lengua, construyeron ciudades y aldeas y establecieron una comunidad vigorosa en constante crecimiento, poseyendo economía y vida cultural propias. Desearon siempre la paz, aun cuando prestos siempre a defenderse. Llevaron a todos sus habitantes los beneficios del progreso.

“En el año 1897, el primer Congreso Sionista, inspirado por la visión de Teodoro Herzl de un Estado Judío, proclamó el derecho del pueblo judío a un renacimiento en su propio país. Tal derecho fue reconocido por la Declaración Balfour

de 2 noviembre 1917 y reafirmado por el Mandato de la Sociedad de las Naciones, quien concedió un reconocimiento internacional explícito a las relaciones históricas que unen el pueblo judío a Palestina, y a su derecho de reconstituir su Hogar Nacional.

“El 29 de noviembre de 1947, la Asamblea Nacional de Naciones Unidas adoptó una resolución aprobando el establecimiento de un Estado judío Independiente en Palestina, e invitó a los habitantes de este país a tomar las necesarias medidas para la puesta en vigor de tal plan.

“Por consiguiente, nosotros, miembros del Consejo Nacional representando al pueblo judío de Palestina y al movimiento sionista mundial, reunidos en asamblea solemne, en virtud de los derechos naturales e históricos del pueblo judío y de la resolución de la Asamblea General de Naciones Unidas:

“Proclamamos el Establecimiento del Estado Judío en Palestina, y le llamamos Israel.

“El Estado de Israel fomentará el desarrollo del país en beneficio de todos sus habitantes; se basará en los preceptos de justicia, de Libertad y de Paz, enseñados por los Profetas Hebreos; mantendrá la plena igualdad política y social de todos los ciudadanos sin distinción de raza, de religión o de sexo; garantizará la plena libertad de conciencia, de culto, de educación y de cultura; asegurará la inviolabilidad y la santidad de las iglesias y de los santos lugares de todas las religiones y consagrará sus esfuerzos a la realización de los principios de la Carta de las Naciones Unidas.

“Ofrecemos la paz y la amistad a todos los Estados vecinos y a sus pueblos y los invitamos a cooperar con la nación judía independiente para el bien común. El Estado de Israel se halla dispuesto a proporcionar plena participación en el progreso pacífico y en la reconstitución del Oriente Medio.

“Llamamos a los judíos del mundo entero a unirse a nosotros en la tarea de la inmigración y desarrollo, y a sostenernos en la gran lucha para la realización del sueño secular: la redención de Israel.

“Poniendo nuestra confianza en Dios Omnipotente, firmamos esta Declaración en la Sesión del Consejo Nacional Provisional, en la ciudad de Tel-Aviv en el quinto día del mes de Iyar, 5708 el 14 mayo 1948”.

Esta audaz e impresionante Declaración, en la que parece sonar, con toda su majestad, el Reloj de la Historia, no puede menos que chocar, y profundamente, al observador que la medita.

Si dejamos aparte el último párrafo—en realidad, casi de sabor más deísta que religioso—, esta Declaración grande, sin embargo, no parece la declaración propia del Pueblo hebreo que renace de sus cenizas. No la habría suscrito Zorobabel, no la hubiera proclamado Matatías. En ella, el mesías aparece ser el propio pueblo auto-mesiánico. Una sola alusión, patriótica sí, y cultural, pero sólo en este terreno, a los Profetas y a la Biblia. Pero no parece la Declaración de un Pueblo (por solemne que sea, y reconocemos lo es), que se siente pueblo de Dios, pueblo Elegido, y que confía, por tanto, mucho más en El que en sus propias fuerzas.

La Jerusalén de 1948 no parece vaya a ser reconstruida por obreros que, llevando en una mano la paleta, llevan en la otra la espada de Dios que no perece, sino la del hombre o de la patria, que pueden fallar.

Y aquí radica, como antes decíamos, la entraña del problema.

DOS MIL AÑOS. ¡¡OTRA VEZ DOS MIL AÑOS!!

Dos mil años ha llevado Israel de lucha. Dos mil desde que sus dirigentes no reconocieron a Jesucristo su Mesías. Dos mil desde que la Providencia, en sus designios, permitió la Dispersión. Dos mil en los que, según hemos estudiado, en forma a menudo clandestina, casi siempre misteriosa, ha velado por la continuidad de sus reliquias...

Y, dos mil años después, estas reliquias renacen. Y forman, ante el pasmo y legítima humana admiración de todos, contra todos los vientos y todas las mareas, un nuevo e insospechado Estado, maravilla de heroísmo y ante el que, sin reparo, nos hemos descubierto tributándole homenaje.

Pero, dos mil años después, estas reliquias, admirables, no atinan a reconstruirse fácilmente ni menos plenamente. Renuevan su vicio de origen; caen en el profundo error de fallar por su base. Tras dos años de gestación y de sacrificios sin par, otra vez un Pueblo elegido, pero sin Dios. Casi diríamos que tienen el empeño de llegar al mayor de los absurdos: el de un neo-floreamiento de una Biblia sin Dios.

ISRAEL QUE FUE HECHO POR EL Y PARA EL...

Israel sigue sin reconocer a Jesucristo como a su Mesías, como a su Rey. Es un Ente real, pero desprovisto de aquello más esencial: de su propia Causa Final. Israel fue hecho por El y para El. Fue la Casa, la Patria terrena que Dios preparara (como símbolo, quizá, de todas las cosas), para su Hijo. Era el estuche que guardaría el Semen de los Padres, que abocaría en la Flor de Judá, en la Mujer por antonomasia, en la Bendita Madre, de la que nacería el Pimpollo que nos ha sido dado. Mas aquella Casa, aquel Estuche, aquella Patria, no quiso recibirle. A ella fue, y no quiso reconocerle. Y, dos mil años después, tras la peripecia histórica más grande que quizás haya vivido pueblo ninguno, este Pueblo sigue sin querer reconocer a Aquel por quien y para quien fue creado, con singular amor, por Dios providente.

Las mismas Causas no puede sino producir los mismos efectos. Por tanto, si a este maravilloso esfuerzo, a este estupendo edificio que admiramos sin reserva y que ha realizado el moderno sionismo, le falta toda su razón de ser, le falla todo, desde su propia base hasta su finalidad, ¿qué más natural que temer con fatal lógica algún nuevo cataclismo que derrumbe lo que hubiera debido ser Templo y no es más que una Babel soberbia? ¿Tan fuerte se siente Israel, rodeado de todo el mundo árabe hostil, que tenga la seguridad de que seguirán renovándose sus hasta ahora descomunales éxitos de la independencia de 1918? Y, en un Mundo acuciado por los fantasmas nucleares, por los nuevos colosos que surgen en el Extremo Oriente ¿puede prescindir de su Dios, de su único Apoyo, el pueblo hebreo minúsculo?

(Diciembre 1966)

CUANDO EL MESIAS ES EL PUEBLO JUDIO

El fanático patriotismo, la pasión más violenta y cegadora de cuantas, como expresión de su soberbia, puede sufrir el hombre, es lo que sostiene a Israel: es el vínculo que pretende

unir a sus hijos, que dos mil años de Diáspora han heterogeneizado, no pudiéndose, quizá, afirmar la incolumidad de su raza, proveniente ahora de tan dispares orígenes próximos. Tal es el único vínculo de unión de este Pueblo misterioso, no tan absolutamente homogéneo como se pretende.

Aquí —repetiendo lo que decíamos en el artículo XI, cuando proclamábamos que no son más ni Suiza, ni Francia, ni Alemania, ni Inglaterra que Dios—, afirmaremos de nuevo que la Patria Judía, aun cuando se llame Sión y llegue a creerse auto-mesiánica, no puede, en forma ninguna, ocupar el lugar de Dios que la creó.

De Dios, que se había dignado ser, por así decir, su Autor, no sólo general, sino directo, por vocación propia, sin causa ni conductos segundos. Que le había hecho su Pueblo elegido.

Al cual hemos de volver a preguntar: ¿Quién como Dios? Que Israel no se haga ilusiones. Si Dios no edifica la ciudad, aun cuando ésta se llame Sión...

LA SALVACION VIENE DE LOS JUDIOS

¡Oh, el día que este pueblo judío quiera apreciar y reconocer el don de Dios, este don maravilloso del que es beneficiario y que Dios mismo —que no se arrepiente nunca de sus designios— no ha querido retirarle de un modo absoluto.

Aquel día ¡oh judíos!, ¿con cuánto amor, y cuánta veneración os esperaremos en la puerta de la Casa paterna! ¡Esta parece que, renovadamente, en ocasión del Concilio, os ha sido abierta. “He aquí que puse delante de tus ojos abierta una puerta que nadie podrá cerrar (Apoc. 3-8)”, dice San Juan a la Iglesia de Filadelfia, al parecer refiriéndose a vosotros cuando afirma, que atraerá “a los que dicen ser judíos, y no lo son, sino que mienten”. Jamás en la Iglesia, desde los primeros tiempos, habrá existido un anhelo tal de veros entrar en la que, en definitiva, es vuestra Casa!

Porque —y esto CRISTIANIDAD desde los tiempos de su venerado Fundador no ha cesado de proclamarle— no en vano San Pablo nos ha enseñado, y venimos siempre repitiendo, que vosotros sois la aristocracia, las verdaderas ramas del verdadero olivo. Nosotros somos sólo el acebuche injertado, y hemos participado de la raíz. ¡Con cuánta mayor razón vosotros, ramas cortadas por vuestra incredulidad, pero susceptibles de revivir, podéis ser reinjertados, si sois de la misma naturaleza que el olivo!

“Mas esto supuesto, pregunto: los judíos, ¿están caídos para no levantarse jamás? No por cierto. Pero su caída ha venido a ser una ocasión de salud para los gentiles, a fin de que el ejemplo de los gentiles les excite la emulación para imitar su fe. Que si su delito ha venido a ser la riqueza del mundo, y el menoscabo de ellos el tesoro de las naciones ¿cuánto más lo será su plenitud? (Romanos, 11-11)”.

“Si algunas de las ramas, quebradas, se desgajaron, y tú, siendo de acebuche, fuiste injertado en ellas, y entraste a participar con ellas de la raíz y grosura del olivo, no te enorgullezcas contra las ramas; que si te enorgullezcas piensas que no eres tú quien sostiene la raíz, sino la raíz a ti. Dirás pues: “Fueron quebradas las ramas para que yo fuera injertado”. Muy bien; por la incredulidad se desgajaron, y tú por la fe te mantienes; pero no seas altanero, antes bien, teme. Pues si Dios a las ramas naturales no perdonó, no sea que tampoco te perdone a ti”.

“Considera, pues, la bondad y severidad de Dios: la severidad, con los que cayeron; contigo, la bondad de Dios, con tal de que permanezcas en la bondad; que si no, también tú serás cortado”.

“Y ellos también, si no persistiesen en la incredulidad, serán injertados (de nuevo), que poderoso es Dios para de nuevo injertarlos. Porque si tú fuiste cortado del que naturalmente era acebuche, y fuera de tu natural fuiste injertado en el olivo bueno ¿cuánto más ellos, los ramos naturales, serán injertados en el propio olivo?” (Romanos, 11-17 a 24).

SOIS NUESTROS HERMANOS MAYORES

¡Oh judíos! En forma alguna, por tanto, vuestro retorno a la Iglesia puede suponeros merma. El día que vosotros, judíos, volváis a la Casa paterna, que por derecho de herencia ha sido siempre vuestra, nosotros os reconoceremos como tales, y os cederemos el primer lugar, como hermanos menores vuestros. Recuperaréis el puesto que por sangre y aristocracia os corresponde. Y nosotros, que amamos, por encima de todo, a Jesucristo que es Dios, gozosos os tributaremos homenaje en la misma puerta, felices de que vengáis a aportarnos vuestra compañía, porque ¿no sois, por la sangre —lo que no somos nosotros— nada menos que familiares, que parientes de Dios?

ALLI EN EL MONTE MORIAH

Si amáis tanto a vuestra Patria, si os enorgullecéis de lo que llamáis Sión y sionismo ¿cómo podéis olvidar al hecho más fundamental de vuestro mismo pueblo, que prefigura su formidable, su divino destino?

En este mismo Monte Moriah Dios probó a vuestro Padre, al Abraham bendito, padre vuestro y padre luego de todos los creyentes, y de cuyo semen habéis nacido. Pues bien: el Monte Moriah simboliza el sacrificio de todo patriotismo, de todo cuanto en definitiva sea humano, por alto y sagrado que sea, ante Dios. Allí Abraham, al prestarse a sacrificar a su hijo Isaac ante el mandamiento de Dios, se aprestaba a sacrificarlo todo, y, como consecuencia, a la misma Patria que estaba fundando, en holocausto a Aquel que es ante todas las cosas.

Fue el mayor sacrificio y más sublime de la entonces naciente Patria, Patria que había de serlo del divino Pimpollo, del Mesías anunciado. Todo ante Dios.

Y Dios, benigno, aceptó la intención, después de haber sometido a Abraham al más alto y doloroso conflicto que pueda concebirse. Y en aquel Monte Moriah quedó prefigurado certeramente el sacrificio del Calvario (en su misma futura plaza), que es la divina Reparación definitiva, y en el que la Víctima ya no es una Patria, sino el mismo Dios. Porque, para Dios, sólo puede existir una Víctima digna de El: Dios mismo.

Y CON VUESTRO PROPIO HOMENAJE SE CORONARA LA HISTORIA

Con razón, decís que los “standards morales” —ahora se llaman así— de Moisés han llenado el Mundo y acunado nuestra Civilización. Es verdad. Más, aún y cuanto Moisés enseña sea palabra de Dios, esta sola palabra, de este sólo venerado Antiguo Testamento no hubieran surgido muchos más mártires ni mucho más héroes después de los ilustres Macabeos. No era bastante la palabra, no era bastante la letra, con ser divina. Era preciso que descendiera personalmente la Palabra, la Palabra verdadera.

Sólo la Persona de Dios hecho Hombre, un Hombre capaz de atraer a los demás hombres, podía coronar la obra que solamente Moisés, y divinamente autorizado, pudo diseñar.

A este Hijo, el más ilustre de vuestro Pueblo —hijo de la Mujer única en la Historia, y Judía, que Dios quiso elegir como Madre bendita de su Verbo, Cielo formado para El a quien todos los cielos y galaxias eran insuficientes—, de esta pequeña porción de tierra que aún se llama, quizá caprichosamente, Palestina, a este Hijo vuestro, el Pimpollo anunciado por vuestros sublimes Profetas, es a quien nosotros proclamamos nuestro Rey.

Y sabemos, con gozo, que algún día, definitivamente, lo haréis, así, vosotros.

¡Sí! ¡Algún día, vosotros, oh judíos, lo haréis!

Y con vuestro homenaje se coronará la Historia.

(Enero 1967)

"Estamos viviendo el momento álgido de la secular lucha en que Ismael, hijo de la esclava, quiere vengarse de Israel, hijo de la libre"

CANIGÓ

EL TRIUNFO DE LA CRUZ SOBRE EL PAGANISMO

... La idea de presentar la Civilización cristiana coronando los Pirineos con la Cruz y disipando las supersticiones paganas que reinaban en estos Valles me parece feliz y poética...

Le felicito de todo corazón por esta obra tan bella, tan audaz y tan grandiosa, y felicito por ella a Cataluña y a la literatura española..."

(Fragmentos de la carta de MARCELINO MENDEZ PELAYO.
Madrid, 25 enero 1876)

En este artículo "Canigó el triunfo de la Cruz sobre el paganismo", su autor se identifica con el genio de Verdaguer, poeta máximo de las Españas, que canta el verdadero patriotismo nacido a la sombra de la Cruz. En nuestro tiempo de exaltación del paganismo y el olimpismo, creemos oportuno recordar su profundo sentido anticristiano y por tanto, también inhumano, sólo vencido por el triunfo de la Cruz de Cristo. Este es el sentir de Luis Creus en los fragmentos que reproducimos.

El triunfo de la Cruz. He aquí lo que constituye el objetivo de Canigó, su verdadera "causa final". El triunfo pirenaico de la Cruz. El triunfo de la Cruz en Cataluña, en los albores de la Reconquista.

Como este triunfo, en toda España y allende los mares, es el objetivo, la verdadera "causa final" del otro gran poema hermano: "La Atlántida".

El auténtico patriotismo nace a la sombra de la Cruz

El traductor al francés de Verdaguer, Tórra de Bordás, expresa sobre su epopeya esta reflexión profunda —en ocasión del análisis literario a que documentadamente la somete— que coincide con la del gran polígrafo castellano:

"Quel est le sujet? La lutte de l'erreur contre la vérité qui triomphe... L'idée inspiratrice, nous l'avons déjà dit, est essentiellement religieuse, ainsi que le dénouement le montre d'une manière éclatante; et c'est pour localiser son action principale que le pète a su faire choix d'un temps et d'un lieu particuliers: le temps, c'est la dernière invasion des Maures en Roussillon; le lieu, c'est le Canigou, qui est le théâtre des principales scènes et dont il saisit l'occasion de chanter les sites magnifiques et les vieilles légendes... un but unique: le triomphe de la vérité sur l'erreur, obtenu, non point par ce patriotisme faux et factice, qui, au nom d'un présumé progrès, agite trop souvent et bouleverse l'humanité, mais bien par ce patriotisme qui, s'inspirant du sentiment chrétien, enfante le vrai progrès, à l'ombre de la Croix de Jésus-Christ. Le dernier chant proclame et justifie ce but élevé, en donnant l'explication vraie du sujet."

No creemos pueda decirse más en tan breves líneas.

El paganismo: adoración de Satanás

Hoy nos es cada día más difícil —pese a la decadencia de nuestros tiempos— tener idea de la profunda degradación del mundo antiguo, bajo este misterio espantoso que conoce-

mos con el nombre de Idolatría, consecuencia directa y profunda del pecado original. Si nuestros primeros padres, al querer ser como Dios, lograron sólo descender al nivel de la bestia, su vencedor, en cambio, la serpiente, hasta un cierto punto, sacó de su temporal victoria el fruto apetecido, el suplantar a Dios en los homenajes de los hombres. Ella —Satanás— compartió con sus precitas huestes su falso triunfo: sus secuaces, los inmortales maldecidos, fueron, por insania del hombre, convertidos en deidades.

En realidad la lucha del Cristianismo contra el Paganismo decadente perduró durante el primer milenio entero. Era el plan de Dios que el segundo presenciara el triunfo de la Iglesia, y tal designio presidía, sin duda ninguna, los caminos medievales. Más la gran Apostasía del Renacimiento y de la Reforma lo impidió: tema éste que, por ser uno de los favoritos de nuestra Revista, no constituye, aquí el objeto del presente trabajo.

Y acabamos de ver que este triunfo de la Cruz, precisamente hacia el fin de aquel Milenio, en ocasión de una de las últimas reacciones de la Morisma, es digno objetivo de la gigantesca epopeya verdagueriana.

Culmina, por tanto, el Poema, con la coronación victoriosa del signo del Cristianismo en la nevada frente del monte rosellonés, ahuyentando para siempre de sus albos palacios a las hadas, representación del Paganismo agonizante, el cual, con la Morisma citada, constituía la doble arma del infierno. Con ambos formidables elementos —la voluptuosidad y la violencia, la carne y el denomio— quería éste impedir a toda costa el avance definitivo de la Civilización de Cristo.

Verdaguer máximo cantor de las Españas

Verdaguer que en "La Atlántida" nos canta la más tremenda de las catástrofes cósmicas acacidas desde que Dios formó al hombre a su imagen y semejanza saludando la aparición, sobre las olas en retirada, de la Nueva Hesperia —

nuestra España— nos dice, en un arranque supremo, cómo y cuándo cayera aquel gran templo de Cades, que un día Tubal consagrará al Dios desconocido pero presentado, en el momento en que llegó la plenitud de los tiempos...

Quant del cel l'Olivera florida en el Calvari,
de genolls lo gran temple caygué davant son Déu,
que per altar volia la terra, i per sagrari,
dixosa pàtria meva, volia lo cor teu.

I ans que ton Déu, oh, Espanya, t'arrancaran les serres,
que arrels hi té tan fondes con elles en lo nóm,
poden tos rius escorr's, venir à mar tes terres,
no l'ull, però, aclucarshi del Sol que may se pon.(1)

España sólo se bate por las causas de Dios

“¡Antes que a tu Dios, oh España, te arrancarán tus sierras!”. Es éste el grito, casi salvaje, que brota de la profundidad del alma española que vindica su fe, y que sólo se bate gustosa cuando se trata de la Causa de su Dios. Bien sabe el poeta de la Maladetta de lo abrupto de nuestras sierras, y por lo duro de ellas, bien puede conocer lo que costó a la tierra su parto: “qué jorns de pernabatre!, qué nits de gemegar!”.

“¡Antes que a tu Dios, oh España, te arrancarán tus sierras!”. ¡Nuestras montañas!

¿No hay algo, en esta atracción hacia nuestros ricos, de la eterna inquietud del alma española que a ningún precio quiere que se le separe de su Dios? “Y huyó Matatías con sus hijos a los montes (Macabeos II-28).” He aquí el secreto de la permanente actualidad de nuestras Montserrat y Covadonga. No es sólo el recuerdo lírico de una tradición heroica, más ya lejana; es, en cierto modo, y pese a nuestros desfallecimientos y flaquezas, la plasmación de un instinto que no prescribe. Verdaguer otra vez, sabe interpretarlo:

Lo que un segle bastí, l'altre ho aterra;
mes resta sempre'l monument de Deu,
y la tempesta, el torb, l'odi y la guerra,
al Canigó no'l tirarán a terra,
no esbrancarán per ara el Pirineu.(2)

Cuando así acaba “Canigó”. “Ni la tempesta, el torb, l'odi y la guerra” derribarán el Pirineo: el monumento de Dios. Los actuales acontecimientos mundiales parecen dar especial vida a esta afirmación. Los monstruosos ejércitos mecanizados, estos colosos, no han logrado acabar con las guerrillas montañesas. Quizá algún día, justificando aquel ancestral instinto, pueda hallar la civilización cristiana española, por tercera vez, sus catacumbas cabe estos picos que aún son más

(1) Cuando del Cielo el Olivo florecía en el Calvario — de rodillas el gran Templo cayó ante su Dios — que por altar quería tu tierra, y por sagrario — dichosa Patria mía, quería tu corazón.

¿Antes que a tu Dios, oh España, te arrancarán tus sierras! — Aun cuando sus raíces sean hondas como el mundo; — pueden secarse tus ríos, hundirse tus tierras. — más no podrá obscurecerse nunca el Sol que jamás se pone.

altos que la arrogancia humana.

“¡Antes que a tu Dios, oh España, te arrancarán tus sierras!” “... a veces, los grandes poetas, sin darse cuenta, aciertan a dar de sí mismos, en una frase, la mejor definición de su temperamento”. (Montoliu). Algo de eso resuena aquí. En aquel grito el vate no es el que inspira, sino que es el inspirado. Por el sacerdote. Y quizá, en cierto modo, mejor por el antiguo seminarista de aquel viejo y sano plantel levítico del Vich ochocentista. Casi contemporáneo suyo es aquel otro grito que resonó tantos lustros: “Ruja el infierno”. Adrede incurrimos en el inminente peligro de que se nos aplique nota de cursilería: bien venida sea ésta. De otra parte, no se trata aquí del valor literario del ingenuo himno que desafiaba los bramidos de Satán. En pleno siglo del liberalismo trompetero, no podemos criticar demasiado a nuestros abuelos de que sirviesen, alguna vez, de la trompeta.

“¡Antes te arrancarán tus sierras!” No es solamente antisectario este grito. Esencialmente, es antiliberal. Como lo son las raíces más profundas de nuestro ser auténtico, desde que el apóstol Santiago, Hijo del Trueno, puso su planta en las playas de la Nueva Hesperia.

* * *

“Ave, crux, spes unica”

La “causa final”, el objetivo del poema verdagueriano, se corona definitivamente en el Canto XII, en el que los monjes toman posesión de la montaña y la ungen subiéndola la santa Cruz a su misma cima, y las hadas que se ven arrojadas de ella, destronadas de su antiguo reino.

“Ave, o Crux, spes unica”. Como la madre marca en la frente del infante que guarda en su regazo, el signo de la Cruz, así el Abad Oliva clava el signo de Redención en la cúspide más alta del Rosellón, cuna de un pueblo cuyos destinos lo harán grande. Esta es la apoteosis de la epopeya “Canigó” de Mossén Cinto, del mayor de los Vates que las “románticas tierras de pretz y lutzor” jamás produjeran:

Gloria al Senyor: tenim ja patria amada,
que altívola es, que forta al despertar!
al Pirineu mireu-la recolzada,
son front al cel, sos peus dintre la mar.
Branda ab son puny la llança poderosa;
lo que ella guanye ho guardarà la Creu;
sobre son pit té sa fillada hermosa
que'ns fa alletar ab fe y ab amor seu. (3)

Luis Creus Vidal (1945)

(2) Lo que un siglo fundó, otro destruye — pero queda, perdurable, el Monumento de Dios — y la tempesta, el viento, el odio y la guerra — al Pirineo no echarán jamás por tierra — no lograrán derribar al Canigó.

(3) Gloria al Señor: tenemos patria amada — ¿Cuán hidalga es, cuán fuerte al despertar! — miradla apoyada en el alto Pirineo — su frente al cielo, sus plantas en el mar.

Mantiene en su mano la lanza poderosa — cuanto ésta conquista la Cruz preservará — sobre sus pechos ostenta descendencia hermosa — que con fe y con amor por siempre guardará.

En el centenario de “Rerum Novarum” 15 mayo 1891

Proyección de la figura de León XIII SOBRE LA CLASE OBRERA

El 15 de mayo de 1931 Pío XI publicó su Encíclica “Quadragesimo Anno”, a los 40 años de la memorable “Rerum Novarum” de León XIII, en la que éste lamenta los males que han derivado, de: “El ardiente afán de novedades que hace ya tiempo agita a los pueblos...” Se pusieron de moda entonces los “católicos sociales” que, como dice Creus: “escudriñan y pesan palabra por palabra la “Quadragesimo Anno” y la “Rerum Novarum”, y no estudian ninguna otra Encíclica de los Papas contemporáneos”; y añadía: “Si no se vindica la concepción cristiana de la vida del hombre y de la sociedad, es perder el tiempo el atacar los problemas sociales”. Una vez más Luis Creus fue perspicaz, pues, ¿qué queda de la obra de aquellos sesudos y eruditos religiosos dedicados en forma exclusiva y casi excluyente a promover la doctrina del “catolicismo social”? Sus epígonos engrosan hoy las filas del poder político anticristiano, y desprecian las espléndidas Encíclicas sociales de Juan Pablo II como reaccionarias.

Cristiandad que fiel a su lema “Nova et Vetera” no es afanosa de novedades, trató desde el principio el tema de las relaciones sociales en el mundo del trabajo y la economía, siendo Luis Creus un claro ejemplo. Experto en temas económicos, —había publicado varios libros: “Cristianismo y paganismo en la economía” prologado por el Padre Murall S.J., y “Visión económica de Cataluña”.— refuta en el presente artículo la falacia de que la Iglesia no se interesó más que tardíamente por el problema social y demuestra cómo la Encíclica de León XIII no es una anécdota pasajera surgida de la moda del momento, sino fruto maduro de una tradición de toda una cadena de pensadores y políticos católicos que desde 1830 se preocupaba de los problemas sociales, mucho antes que lo hicieran otros desde perspectivas anticristianas y estatistas. Reproducimos los fragmentos sustanciales de su artículo como homenaje a estos prohombres que, fieles a la tradición de la Iglesia, hicieron posible que hoy celebremos el centenario de la “Rerum Novarum”.

FACILES SOFISMAS

Entre las injurias demagógicas y estereotipadas, ya clásicas contra la Iglesia y los católicos en general, figura, preferentemente, la de que no se han preocupado lo debido de la clase obrera, y de que ésta ha conseguido sus reivindicaciones y mejoras gracias a los modos violentos del socialismo en sus diversas facetas.

No es el objeto de nuestra Revista el de la apologética contra estos fáciles sofismas para los cuales basta una simple cultura media para oponerles obstáculo infranqueable. Pero no está demás, al hablar del inmortal Pontífice León XIII el hacer notar cómo está justificada su aureola de protector de la clase obrera y cómo los orígenes remotos de la más popular y famosa de sus Encíclicas —la “Rerum Novarum”— corresponde a toda una cadena de eximios católicos que, desde 1830, venían preocupándose por los problemas sociales, mucho antes de lo que hiciesen pensadores y escritores pertenecientes a otros campos —como no fuesen los de signo negativo—, hijos del naciente y destructivo socialismo —y a otras Instituciones, ya que, contra lo que se cree, tardaron mucho los hombres de Estado y los sabios del siglo en ocuparse del bienestar de los humildes. En cierto modo, se repite, al entrar el mundo en la nueva era social del maquinismo y de la industria, lo que se registró en la era antigua. Allí, el esclavo, no encontró otra protección que la del espar-

taquismo antisocial, solamente vengador, hasta que aparece la sombra benéfica de Cristo. En el siglo XIX no halló más que la venganza del socialismo, igualmente destructor, hasta que aparece la sombra benéfica de la Iglesia, cuando aun las instituciones humanas y los Estados eran indiferentes a los sufrimientos de los de abajo.

LA ENCICLICA “RERUM NOVARUM”

La “Rerum Novarum” debe ser estudiada y comprendida en unión del imponente conjunto de las demás Encíclicas Leoninas, las cuales constituyen un cuerpo armónico — incluso con gran hilación cronológica de conceptos y relación de una a otra—, verdadera suma, como se dijo en otro número de esta Revista— de la concepción cristiana de la vida, del individuo y de la sociedad. De otro modo se cae en vaguedades. Como también deben ser conocidas las circunstancias de lugar y tiempo que la acompañaron. Si no es así, su lectura improvisada —sobre todo en cotejo con la “Quadragesimo Anno”—, puede darnos de la misma una impresión errónea, y, para una mentalidad ligera, dejar el regusto de lo que hoy llamaríamos “poco avanzado”: Nada más lejos de esto que la realidad. Eterna, como todas las enseñanzas básicas de la Iglesia, absteniéndonos prudentemente de llegar al terreno exclusivo de los hechos prácticos, no hay duda de que contiene suficientes precisiones para haber constituido,

el día de su aparición, en 15 de mayo de 1891, una verdadera “campanada” social, como así fue en verdad.

Prívanos el espacio de reproducir sus fragmentos más esenciales, por ello nos limitaremos a referirnos a los antecedentes de esta Encíclica, verdaderamente instructivos para nuestro fin, y que, al hablar de su gestación, nos señalan profundamente el espíritu que le anima. Mas, antes, incluso, de pasar a estos antecedentes de la Encíclica, echemos una ojeada general a los grandes males de nuestra sociedad, objeto del gran Documento Pontificio.

CRISTIANISMO O PAGANISMO, EL PESIMISMO DEL SIGLO XIX

Como en todas las cosas, en el mundo moral, esencialmente hablando, sólo existen dos campos: o Cristianismo o Paganismo. Así, en la Economía, el capitalismo burgués y el anarquismo, a pesar de hacerse guerra a muerte, coinciden en su materialismo, y se hallan por ello mil veces más próximos entre sí que en relación con el corporativismo cristiano medieval, por ejemplo.

Esta última fue la forma en que cristalizó la organización económica social de una sociedad fundamentalmente cristiana. Su concepción de la vida, un ideal superior —sobrenatural— dominaba todos los actos de la existencia, así social como individual. Al quedar la persecución del bienestar y de las riquezas materiales templada por ideales superiores, la ausencia del frenesí de la codicia hacía fácilmente solubles las cuestiones sociales: bastaba para ello la organización gremial o corporativa que brotó por sí sola de la entraña viva de aquella sociedad.

Al decaer este espíritu cristiano, y apoderarse la codicia de lo material del corazón humano —época renacentista— empiezan a aparecer, de nuevo, todas las aberraciones ya conocidas en la pagana antigüedad. Y, sobre todo, cuando esta codicia embarga a los príncipes para informar, después, al Estado. Así, la época del absolutismo coincide con las teorías y prácticas de lo que técnicamente se llama, en la historia de la economía, época mercantilista.

LA CODICIA CONVERTIDA EN IDEAL

El siglo XVIII, trae las ideas revolucionarias, y con él nace el liberalismo económico: en reacción circunstancial contra el “mercantilismo” del Estado, y en reacción más definitiva y profunda, contra los restos del viejo corporativismo, ya desacreditado, y con razón, porque era ya un cadáver. Le faltaba el alma, que era cristiana, y le sobraba el cuerpo, que, sin el alma, no era más que una trabazón inaguantable para la libre iniciativa y también para la libre codicia.

Y este siglo XIX muestra lo que puede dar de sí la codicia humana convertida en ideal y ocupación de la vida: la explotación del hombre por el hombre. Y, pese a que en este siglo los continuados inventos otorgan continuas fuentes de beneficios, de prosperidad y de progreso, la situación de las clases inferiores, de las obreras, es cada vez peor. Si la libre iniciativa es fecunda en mejorar las máquinas y aplicar continuos descubrimientos —en parte no pretendemos negarlo—, en cambio es incapaz de alcanzar, para nadie, la mínima y legítima felicidad terrenal que el Medioevo cristiano no regateaba.

Por esto Malthus busca la solución de los males que causa la codicia, y que se achacan injustamente a la insuficiencia de los medios materiales, en la limitación —crimen contra las leyes divinas y cosmológicas— de los nacimientos. Nacen las ideas socialista y comunista. Marx es su supremo patriarca. Rousseau, Saint Simon, Fourier, Owen y Fichte sus profetas. Proudhon y Bakunin encabezan lo que podemos llamar la escisión anarquista. Es ya el caos que se anuncia: “la sociedad se ha destrozado a sí misma”, como no podía menos de suceder. Tales son las palabras de Pío XI en la “Quadragesimo Anno, cuando comenta, con la serenidad que presta el tiempo, los males que se iniciaron en aquella época.

EL PERMANENTE ERROR DE LOS “CATOLICOS SOCIALES”

Es cierto, que el éxito, observado en conjunto e imparcialmente, no puede decirse haya acompañado decisivamente a la acción social católica. ¡Cuántas obras iniciadas, y cuántas llevando una vida difícil y precaria! Es cierto. Mas esto es consecuencia de la misma corrupción social, invencible casi, del siglo. En ello influye el permanente error de quienes podríamos llamar “católicos sociales” en no querer enfocar los problemas estos del único modo que debe acometerlos un católico consecuente: escudriñan y pesan, palabra por palabra, la “Quadragesimo Anno” y la “Rerum Novarum” y no estudian ninguna otra Encíclica de los Papas contemporáneos.

Si no se parte de la raíz, es imposible controlar el árbol. Si no se vindica la concepción básica cristiana de la vida, del hombre y de la sociedad, es perder el tiempo el atacar los problemas sociales, que son como las ramas del árbol del cual aquellos principios son la raíz. Del mismo modo que, si no se ataca el origen del mal, la infección en la sangre o en los órganos vitales, es inútil el pretender cursar las erupciones cutáneas.

HISTORIAL DE LA LABOR SOCIAL REALIZADA POR LOS CATOLICOS, EN FRANCIA PRINCIPALMENTE, LOS ORIGENES REMOTOS DE LA “RERUM NOVARUM”

En Francia, ya en los buenos tiempos de “L’Avenir” (Lammenais) y, más tarde, en 1848, de “L’Ere Nouvelle” (Lacordaire y Ozanam) les vemos acometer las reivindicaciones obreras, antes de que Marx y Engels echaran su célebre manifiesto. Ozanam no se contentaba con la caridad, con las conferencias: quería, también, justicia social. Melun y Le Play figuran entre los iniciadores de los estudios y movimientos que en este momento nos interesan de un modo especial, por el hecho de haberse inspirado en ellos, de un modo más inmediato, León XIII para redactar su Encíclica.

En pleno II Imperio, funcionan ya los círculos de obreros de Maignen, Keller y del príncipe Alberto de Broglie. Mas su definitivo impulso estaba reservado a dos grandes figuras. Los azares de la guerra del 70 habían creado una cordial camaradería entre dos brillantes oficiales, llenos de sanos ideales, pertenecientes a la más rancia nobleza del país: el conde Alberto de Mun y el marqués de la Tour-du-Pin. El segundo había de ser célebre por su inteligencia; el primero por su fidelidad heroica a la causa católica, y, en especial, por

su obediencia, en circunstancias difícilísimas al criterio del Santo Padre.

A su regreso a París, fueron acogidos por Maignen, el celoso director del círculo obrero de Montparnasse —el principal de los que antes hemos hecho mención— y así dio principio a su acción social, cuando aún humeaban los incendios de la Commune. La aportación de los dos jóvenes y ardientes oficiales, de su inteligencia, dinamismo, elocuencia, así como también de sus medios económicos, que generosamente no escatimaron, dieron un resultado formidable, y la Obra de los Círculos, hasta entonces de vida precaria, se extendió a toda Francia. Mun se multiplicaba, y pronto, en la Francia que acababa de salir de la terrible convulsión, se organizan manifestaciones católicas, muchas de ellas piadosas, de gran envergadura y solidez.

Hacia 1875, este movimiento, que cuenta ya los Círculos por centenares, comprendió la necesidad de establecer, más sólidamente, un cuerpo de doctrina. Entonces brilló, en tal tarea, René de la Tour-du-Pin. Hasta entonces la acción de estos círculos se había limitado a una defensa integral y valiente de la verdad; agrupados, sin respeto humano, alrededor del "Syllabus", no habían necesitado mucho más. Los avances del socialismo, sin embargo, les convencieron de la necesidad de aumentar la especialización intelectual de sus "técnicos". Se forma un Comité en el que figuran nombres como León Gautier, de Breda, Roquefeuil, el P. Monsabré, etc. De sus publicaciones — los resúmenes de "Avis"— puede decirse que fueron el preludio de la "Rerum Novarum". Aparece entonces la principal de ellas, "L'Association catholique". Y es entonces que toma cuerpo la idea del corporativismo cristiano, tan reivindicado, aun cuando no se haya conseguido, hasta la fecha, su resurrección real.

Como si la Providencia quisiese hacer ver a la ceguera humana que, con su ayuda, y con la buena voluntad de los hombres, todo sería posible, se efectúa entonces un ensayo feliz de este corporativismo. Del terreno especulativo los Círculos pasan al de los hechos, y se crean, junto con los comités, reuniones de patronos cristianos, verdaderos gérmenes de la vieja Corporación resucitada. Un vivo ejemplo se realiza. En Champagne, en Val-des-Bois, un patrono, varón que merece el nombre de santo, M. Harmel, crea, poco a poco, una verdadera Guilda a la moderna, adaptada a las realidades de la moderna industria y de la vida del siglo.

La situación pedía una directiva pontificia. La contrarrevolución, en nombre del "Syllabus", para esa finalidad, no bastaba; un simple neo-corporativismo, tampoco. Era necesaria una "carta" social, un documento pontificio, especializado sobre esta cuestión. La Tour du Pin escribe entonces su obra "Vers un ordre chrétien", y Mun —respectivamente el cerebro y el brazo del movimiento— incansable, es un aldabonazo constante de que se sirve la Providencia para llamar a las conciencias dormidas de tantos patronos católicos. Los discursos, las invectivas del conde contra la apatía de las clases conservadoras de su época son impresionantes, y ellas solas son una vindicta del pensamiento cristiano de su tiempo. Su voz resuena, igualmente, en la Cámara, e interviene en todas las cuestiones sociales, utilizando el vivo ejemplo de M. Harmel como bandera. Y en estas luchas transcurren diez años llenos de labor: Congresos, actos públicos, todo llevado con gran constancia en unos tiempos en que, si la sociedad hubiera "respondido", sin duda hubiera fructifica-

do. Más tarde, décadas después, hemos visto cómo se perdió la eficacia de estos generosos esfuerzos. La sociedad estaba ya demasiado corrompida.

En el terreno especulativo, las cuestiones y los problemas adquieren cada vez más vida. Existe una verdadera inquietud, hacia 1888 y 1889 de parte de todos estos beneméritos pensadores.

Durante esta misma época, un feliz acontecimiento se había venido realizando. Ya hemos visto antes cómo todo este movimiento sociológico no era privativo de Francia. En Alemania, sobre todo —bajo la influencia de grandes nombres, entre los que figuran Monseñor Ketteler, Vogelsang, Rodolfo Meyer—; en Suiza (Decurtins, entre otros); en Inglaterra (principalmente bajo los auspicios del Cardenal Manning), etc. Esto había promovido, desde 1880, el deseo, de parte de todos los conspicuos elementos consagrados a estas labores, el anhelo de establecer un contacto personal. De este deseo nacieron unas reuniones anuales que, desde 1884, se celebraron en Friburgo. Monseñor Mermillo fue su director. Las reuniones duraban una semana, y se repitieron durante siete años. Fueron fructíferas, porque fueron llevadas con un sano deseo de alcanzar la verdad, y, con humilde sumisión, a la Tradición, a los Padres de la Iglesia y, sobre todo, a Santo Tomás.

Pronto el Papa se fijó en estas reuniones. Pronto encargó le mandasen sus trabajos, sus conclusiones. Contra algunos detractores, las alabó con toda decisión. Y, cuando acusan a la Unión de Friburgo de socialismo, el Santo Padre exclama: "No es socialismo lo que hacéis, si no cristianismo". Y, en efecto, empieza a recoger frutos de dicha Unión, que le servirán para inspirarse para su próxima futura inmortal Encíclica.

APARICION DE LA ENCICLICA, SU TRIUNFO

En 1890, el Pontífice consulta personalmente al conde Mun, y comprueba la raíz profundamente católica del movimiento del que este esforzado varón es caudillo: es la época en que, de otra parte, empieza a llegar, incluso de la otra orilla del Océano, peregrinaciones de obreros a Roma. Y el Padre común no espera ya más.

En 15 de mayo de 1891 aparece la "Rerum Novarum".

Ante ella se inclinó el mundo. Las mismas divisiones de los franceses —coincidía con la penosa época del "ralliement", poco tiempo después del famoso "brindis" de Alger, del cardenal de Lavigerie, que tan al vivo puso las profundas divergencias que les afligían, y que el Papa no logró superar— se inclinaron ante la elevación y sublimidad de la gran Encíclica social. Los dos grupos católicos en Francia —adoptáronla, sin reservas, como bandera y programa.

Y es que la gran Encíclica se impuso, como muy bien proclamó, entre tantas voces de alabanza, el mismo "Worwaerts", órgano del socialismo alemán, quizá una de las voces que más altamente habló en términos justos de la misma: "En virtud de sus funciones y en la plenitud de su poder, el Papa se ha adelantado a los príncipes y gobiernos de los Estados civilizados, y ha resuelto la cuestión social".

La figura de León XIII se proyecta, bienhechora, sobre la sufrida clase humilde de su siglo. Es el Papa de los obreros.

Luis Creus Vidal (1944)

El Divulgador Josefino

Editor: Padre Juan Antonio Morán, M.J.

Año X, N.º 120. Santa Ana, El Salvador
(Apartado 251), 19 de Febrero de 1991

Publicación mensual para dar a conocer
al Señor San José

En el atormentado El Salvador, se publica una revista mensual, obra de celo apostólico del Padre Juan Antonio Morán M.J., que expresa claramente en su título la finalidad que la anima: "EL DIVULGADOR JOSEFINO", y que explicita seguidamente: "Publicación para dar a conocer al Señor San José". Acaba de cumplir 10 años y 120 números de labor ininterrumpida para propagar el conocimiento y la devoción al Santísimo Patriarca.

Diez años de constante y fiel cumplimiento de esta idea fundacional es una tarea encomiable, máxime cuando no se ha dispersado en otros temas ajenos, sino que se ocupado siempre y sólo de su Santo Patrón. El Padre Morán, que ya había dirigido en otras épocas "El Propagador de la devoción de San José de México" se siente feliz de haber superado ahora en extensión la duración de aquellas, cumpliendo el testamento de su fundador el Padre Jose María Vilaseca: "Por lo cual de todos mis hijos el que posea pluma, escriba; el que buril, pinte; el que palabra, predique; el que no puede hacer otras cosas, ore, practique, suplique, inste oportuna e importunamente a Jesús y a María, para que en nuestros días veamos al Padre y después el Esposo José, con grandes honores que por su gloria, dignidad y méritos le corresponden".

Reproducimos un fragmento del número de 19 de Febrero, como homenaje al Padre Morán y a su benemérita Revista y como muestra del popular y profundo sentido josefino que justifica sus primeros 10 años, y le augura muchos nuevos decenios de vida.

DIALOGOS DE MARIA Y JOSE

P. JUAN ANTONIO MORÁN, M.J.

RESUCITADO CON JESUS

Mañanita esplendorosa de Resurrección. Continuación de esa noche tan dichosa a la que canta la Iglesia en su Liturgia diciendo que une al cielo con la tierra, lo humano con lo divino.

María Magdalena, María la madre de Santiago y Salomé han salido muy temprano con dirección al sepulcro. Llevaban un propósito: embalsamar el cuerpo de Jesús. En cambio María, la madre del Maestro, espera tranquila. Cree firmemente que su Hijo va a resucitar y por eso no participa de los planes de las otras mujeres. Ellas no tienen fe y todavía juzgan muerto al que está vivo.

De pronto la habitación donde está María se llena de luz resplandeciente y aparece frente a ella su Hijo amado. La Virgen que esperaba ese momento, se llena de gozo y abraza con efusión a su Hijo resucitado. Para ella no son esas palabras: "No me toques, porque todavía no subo a mi Padre". Ambos se estrechan fuertemente. Han terminado los dolores y sufrimientos y el gozo pascual hace olvidar todo lo que han padecido.

Pero Jesús no ha llegado solo. Con él está José, el siervo fiel y prudente, el esposo solícito y el padre abnegado. Su cuerpo no podía corromperse en una tumba y por eso ha vuelto a la vida. "Muchos cuerpos que dormían resucitaron y salidos de los sepulcros después de la resurrección de él, entraron en la santa ciudad y se aparecieron a muchos" (Mt. 27, 52-53).

Entre esos cuerpos resucitados estaba el de José. ¿Y a quién se iba a aparecer sino a su esposa querida? Por eso, como dice Gerson: "María en el día del aleluya pascual pudo volver a ver reunidos a su Hijo y a su Esposo".

La presencia de José resucitado fue una sorpresa dulcísima. Jesús, en sus bellos diálogos familiares en Nazareth, habló muchas veces de la resurrección y de algunas de sus palabras

se supo colegir que sus padres benditísimos gozarían anticipadamente de esta dicha. Pero como tantas otras cosas, ellos no entendieron perfectamente lo que significaban tales frases.

María abrazó también a su esposo, cuyo cuerpo gozaba ya de los privilegios de los resucitados y, llena de emoción profunda, le dijo:

— José, mi dulce José, no esperaba esta dicha. Pero mi alegría es inmensa al verte resucitado con nuestro Hijo. Lo merecías y el Señor ha premiado todos tus desvelos y todas tus fatigas para servirnos.

— María, mi santa esposa, respondió José. También yo no esperaba verte tan pronto. Pero nuestro Hijo así lo ha querido y esto me llena de gozo. ¿Qué pequeños son los sufrimientos de aquí abajo comparados con la gloria inmensa que nos obtienen!

— Así es, mi buen José, contestó María. Hemos sufrido mucho por Jesús y junto a Jesús; pero lo hemos hecho con gusto y hasta con alegría. Ahora todas esas penas se nos hacen pequeñas. Tú vas a acompañar a nuestro hijo en su vuelta al empíreo y espero que muy pronto yo pueda estar con ustedes.

— Oh, mi cara esposa. Tu presencia en la tierra todavía es necesaria para consolidar la obra de nuestro Hijo. Tienes que confortar a sus apóstoles y ayudarles en el inicio de la implantación del Reino de Dios en la tierra. Más poco tiempo después estarás con nosotros en el cielo y entonces seremos felices para siempre.

— Entonces nunca más nos vamos a separar, concluyó María. Allá será nuestro oficio interceder por los seguidores de nuestro Hijo que imploren nuestro patrocinio...

La visión terminó y María se quedó llena de inmenso gozo. A esa hora llegó la Magdalena sumamente preocupada y le dijo: "Han sacado al Señor de la tumba y no sabemos dónde lo han puesto...".